

Capítulo 21 – Razón y percepción.

Introducción

En muchos sentidos, el Capítulo 21 continúa la cualidad de scherzo como

en el Capítulo 20, además de extender sus temas importantes del propósito

y de las dos formas de ver el cuerpo. También hay una extensa discusión del

poder de la mente, en el contexto de nuestra fe en el ego o en el Espíritu

Santo. En los movimientos sinfónicos que hemos cubierto hasta ahora, hemos visto los pensamientos de mentalidad-correcta del Espíritu

Santo

contrastando con el pensamiento de mentalidad-errada del ego, con varios

términos utilizados para describir ambos sistemas de pensamiento: la culpa,

el miedo y el especialismo del ego, y el perdón, amor y sanación del Espíritu Santo. Además, la comparación de visión y juicio del capítulo anterior se lleva a cabo aquí también. Algo nuevo en nuestra sinfonía es el

contraste de razón versus locura, el cual también se encuentra en el Capítulo

22. La locura denota la demencia del sistema del ego, mientras que la razón

es sinónimo de pensamiento de mentalidad-correcta, una desviación de su

significado habitual de cognición razonada.

El miedo del ego a la Expiación.

A lo largo del libro hemos comenzado la mayoría de los capítulos con la estrategia del ego, porque si no entendemos primero lo que necesita ser

corregido, no podemos hablar de manera significativa de la corrección del

Espíritu Santo. Los párrafos iniciales de "El miedo a mirar adentro"

establecen claramente el miedo del ego a nuestro volver a la mente:

(IV.1:3) Tienes un gran temor a mirar en tu interior y ver el pecado que crees que se encuentra allí.

El ego teme que ejercitemos el poder de la mente para elegir en su contra y

en favor del Espíritu Santo. Para ver que esto nunca ocurra, inventa su plan,
muy familiar para nosotros ahora, de dejarnos sin mentes, porque
¿cómo
cambiamos una mente que ni siquiera sabemos que tenemos? Es por eso
que antes de que podamos entrar en el estado sin mente de estar en un
cuerpo, el ego necesita convencernos de que estamos mejor en un
cuerpo
que en la mente. Para lograr esto, literalmente pone el temor a Dios en
nuestras mentes, convenciéndonos de que seremos destruidos si
permanecemos dentro, pero que estaremos seguros si nos vamos
fuera -
nuestra motivación para huir al mundo como un cuerpo.
Debe seguirse, entonces, que al escuchar al ego tendremos miedo de
mirar
dentro de la mente debido al pecado que estamos seguros de
encontrar.
Junto a la creencia en el pecado está la culpa por lo que hemos hecho
y que
volverá sobre nosotros. Inevitablemente, tememos el castigo fatal que
merecemos de manos de Dios, Quien debe castigarnos por nuestro
pecado
contra Él.
(IV.1:4-9) No tienes miedo de admitir esto. El ego considera muy
apropiado que se asocie el miedo con el pecado, y sonríe con
aprobación. No teme dejar que te sientas avergonzado. No pone en
duda la creencia y la fe que tienes en el pecado. Sus templos no se
tambalean por razón de ello. Tu certeza de que dentro de ti anida el
pecado no hace sino dar fe de tu deseo de que esté allí para que se
pueda ver.
Nuestra fe en el pecado es la base del sistema de pensamiento del
ego. Sin
la creencia de la mente en él, el ego simplemente desaparecería
porque no
tiene poder en sí mismo. El ego no le teme al pecado, pero enseña que
debemos tenerle miedo, tanto miedo que debemos escapar
instantáneamente

de su llamado a la venganza, proyectando el pensamiento impulsado por la culpa en los cuerpos de los demás. El pecado es el mayor aliado del ego porque al creer en él, establecemos la separación como real, sin mencionar la entidad individual que llamamos nosotros mismos. Esto lleva a la conclusión, gozosa para el ego, de hacer realidad el pecado encontrándolo en otra persona - la consumación del plan de ausencia de la mente del ego, preservándose a expensas de otro.

Mientras el ego nos dice que el pecado está en nuestras mentes y que debemos temerle y también al castigo venidero, el hecho es que esta es una aparente verdad:

(IV.1:10) Sin embargo, esto tan sólo aparenta ser la fuente del temor. Nuestro verdadero temor no es el pecado en absoluto (recuerda que nuestro terror no es la crucifixión, sino la redención [T-13.III.1:10-11]), sino que, si elegimos el Amor de Dios y aceptamos la Expiación para nosotros mismos, nuestro yo separado desaparecería para siempre. De hecho, el significado último del perdón reside en nuestro reconocimiento de que, desde el principio, el ego nos ha mentado, su sistema de pensamiento de separación y especialismo que consiste en una mentira construida sobre otra y sobre otra, un círculo que termina en su principio: separación engendrando separación, reforzando la no santa y separadora trinidad del pecado, la culpa y el miedo.

(IV.2:1-2) Recuerda que el ego no está solo. Su dominio está circunscrito, y teme a su "enemigo" desconocido, a Quien ni siquiera puede ver.

Aunque el "enemigo" del que se habla aquí es Dios, hemos visto que el ego

no sabe nada de Él. Sin embargo, sí conoce el poder de decisión del Hijo para elegir en su contra y en favor del Creador. La capacidad de la mente para elegirlo a Él es la mayor amenaza para el ego, porque esa misma mente le dio a luz y puede cambiar fácilmente su decisión. (IV.2:3) Te pide imperiosamente que no mires dentro de ti, pues si lo haces tus ojos se posarán sobre el pecado y Dios te cegará. Nuestro temor es que, si nos adentramos en la mente, Dios nos cegará, palabras eufemísticas para describir nuestra destrucción cuando Dios recupera la vida que creemos que le robamos. Este horrible pensamiento nos impulsa a huir de la mente, proyectando el pensamiento del pecado y el miedo que fabrica el mundo de los cuerpos. Hemos notado repetidamente lo esencial que es comprender esta estrategia del ego de la ausencia de la mente para que podamos entender por qué estamos aquí, por qué el mundo está en tan mal estado, y cómo y por qué el cuerpo mortal termina en un estado de descomposición y muerte. Toda esta locura está motivada por la necesidad de pecado de la mente errada, que no es más que un pensamiento de odio y asesinato.

(IV.2:4) Esto es lo que crees, y, por lo tanto, no miras.

Terminamos sin mirar porque el ego fabricó el cuerpo con un aparato sensorial diseñado solo para mirar externamente, una condición que nuestras mentes erradas aceptan de buena gana y con gusto. ¿Cómo podemos realmente ver cuando nuestros ojos fueron hechos para no ver?

¿Cómo pueden nuestras mentes cambiar de maestro cuando ya no recordamos que tenemos una mente?

(IV.2:5-3:3) Mas no es éste el temor secreto del ego, ni tampoco el tuyo que eres su siervo. El ego, vociferando destempladamente y demasiado

a menudo, profiere a gritos lo que es. Pues bajo ese constante griterío y esas declaraciones disparatadas, el ego no tiene ninguna certeza de que lo sea. Tras tu temor de mirar en tu interior por razón del pecado, se oculta todavía otro temor, y uno que hace temblar al ego: ¿Qué pasaría si mirases en tu interior y no vieres ningún pecado? Esta “temible” pregunta es una que el ego nunca plantea. Y tú que la haces ahora estás amenazando demasiado seriamente todo su sistema defensivo como para que él se moleste en seguir pretendiendo que es tu amigo.

Este es uno de los pasajes más significativos de Un Curso de Milagros porque presenta muy claramente el corazón del sistema de pensamiento del ego. El pecado fue inventado por el ego para impulsarnos a dejar la mente para que, al volvernos sin mentes, nunca ejercitaríamos nuestro poder de elegir contra el ego. El miedo del ego es que en algún momento miraríamos hacia adentro y reconoceríamos la naturaleza ilusoria del pecado, viendo la separación como el pensamiento delirante que realmente es, con el mundo físico siendo nada más que una alucinación. También reconoceríamos que lo que tenemos en la mente es la Expiación, el recuerdo del Dios que nunca abandonamos. Nosotros finalmente entendemos que elegimos al ego para reemplazar al Espíritu Santo, una decisión que fue perjudicial para nosotros y para todos los demás. Para asegurarse de que nunca logremos esta conciencia, el ego continuamente nos saca de nuestras mentes – literal y figurativamente – para vivir en un mundo de cuerpos, obteniendo placer del sufrimiento a manos de otros. La inutilidad del plan del ego para ayudarnos

no se puede ver más claramente que aquí, porque terminamos muriendo como cuerpos de todos modos, el mismo destino que el ego dijo que nos ocurriría si permaneciáramos en nuestras mentes. En consecuencia, conservar el estado de ausencia de la mente es la motivación detrás de la creación errónea del mundo y nuestra elección continua de permanecer en el cuerpo, insistiendo en que sabemos más que Jesús y su curso. A pesar de nuestra miseria, la verdad es que queremos que haya un mundo físico. Además, creemos locamente que existe la esperanza de que, de alguna manera, en algún lugar y en algún momento, algo aquí funcione. No queremos que nos digan que nada funciona aquí, porque el propósito mismo de esta creencia es evitar que sanemos: el milagro nos está devolviendo al verdadero lugar de decisión. Exploraremos esto ahora, examinando pasajes que describen el poder de la mente para elegir, el mayor temor del ego:

(V.8:1) La fe, la percepción y la creencia pueden estar mal ubicadas y servir de apoyo tanto para las necesidades del gran embaucador como para las de la verdad. El gran embaucador es el ego, nuestra inversión en preservar el yo especial. "La fe y la percepción y la creencia" se refieren al poder de decisión de la mente, y ese poder se puede poner en las manos del ego o de Jesús.

(V.8:2) Pero la razón no tiene cabida en la locura, ni se puede adaptar a sus fines en modo alguno. Recuerda que la razón es la corrección de la mentalidad-correcta del Espíritu Santo hacia el pecado, y ya estamos familiarizados con el papel del ajuste del sistema de pensamiento del ego. Jesús destaca la mutuamente excluyente naturaleza de Dios y del ego, la de la razón y la locura; las dos

son totalmente opuestas, y solo una puede ser cierta en cualquier instante
dado.

(V.8:3) La fe y la creencia están firmemente arraigadas en la locura, y conducen la percepción hacia aquello que la mente ha considerado valioso.

La mente ha valorado la creencia en la realidad de la separación, y este

valor le proporciona su fuerza. Nosotros percibimos un mundo que parece

real y que da testimonio de la aparente verdad de la separación. En otras

palabras, valorar la individualidad en lugar de la unidad llevó a nuestras

mentes separadas a crear un mundo que vemos, no porque esté ahí, sino

solo porque queremos que esté ahí. Las alucinaciones no son reales, aunque

nuestra experiencia perceptiva nos dice lo opuesto.

(V.8:4-6) Pero la razón no participa en esto en absoluto. Pues si se aplicase la razón, la percepción cesaría instantáneamente. La razón no forma parte de la demencia, pues esta depende enteramente de la ausencia de aquella.

Esto nuevamente nos dice por qué el ego teme a la mente correcta, a Jesús y

a Un Curso de Milagros; y por qué, de hecho, busca cambiar su enseñanza.

En presencia de la razón y el principio de Expiación, la locura del ego desaparece forzosamente, al igual que nuestro ser especial. Esto también

explica por qué persistimos en traer la razón a la locura, donde la participación de Jesús en el mundo loco del ego corrobora la ilusión de separación.

(V.8:7) El ego nunca hace uso de la razón porque no es consciente de su

existencia.

El ego no tiene idea de lo que hay en el cuadro de la mentalidad-correcta

del gráfico (ver Apéndice). Su miedo es solo que elijamos en contra de su

sistema de pensamiento eligiendo la Expiación en lugar de la separación.

(V.8:8-9) Los que son parcialmente locos tienen acceso a ella, y sólo ellos la necesitan. El conocimiento no depende de la razón, y la locura la mantiene afuera.

La razón no es necesaria en el Cielo porque su propósito es corregir las ilusiones. Cuando elegimos la locura, sin embargo, la razón se vuelve significativa porque solo los locos necesitan perdón, aprendiendo que lo

necesitan más que las ofrendas del ego.

(VII.1) ¿No te das cuenta de que todo sufrimiento procede de la extraña

creencia de que eres impotente? Ser impotente es el precio del pecado.

La impotencia es la condición que impone el pecado, el requisito que exige para que se pueda creer en él. Sólo los impotentes podrían creer en el pecado. La enormidad no tiene atractivo, excepto para los insignificantes. Y sólo los que primero creen ser insignificantes podrían sentirse atraídos por ella. Traicionar al Hijo de Dios es la defensa de los que no se identifican con él. Y tú, o estás de su parte o contra él: lo amas o lo atacas, o proteges su unidad o lo consideras fragmentado y destruido como consecuencia de tu ataque.

Sufrimos porque el ego nos ha convencido de elegir la impotencia en lugar

de la Ayuda, la ausencia de la mente en lugar de la plenitud de la mente, la

debilidad en lugar de la fortaleza. Como nos dirá Jesús: "Siempre eliges entre tu debilidad y la fortaleza de Cristo en ti" (T-31.VIII.2:3). Nos atrae la

enormidad del pecado junto con sus aliados la culpa y el miedo porque nos

prometen la existencia individual y el triunfo sobre el enemigo que el ego

nos informa que es la verdad, el cual nos haría desaparecer en la unidad de

Dios. Al tratar de preservar esta existencia, creemos en las mentiras del ego

sobre el poder. Esto perpetúa nuestra traición a Cristo al hacernos continuar

atacando al Hijo de Dios, identificándonos con sus débiles y moribundos

seres, un ser que, sin embargo, juzgamos sin piedad en una aparente demostración de fortaleza.

(VII.2) Nadie cree que el Hijo de Dios sea impotente. Y aquellos que se ven a sí mismos como impotentes deben creer que no son el Hijo de Dios. ¿Qué podrían ser, entonces, sino su enemigo? ¿Y que podrían hacer sino envidiarle su poder, y, como consecuencia de su envidia, volverse temerosos de dicho poder? Estos son los siniestros, los silenciosos y los atemorizados, los que se encuentran solos e incomunicados, y los que, temerosos de que el poder del Hijo de Dios los aniquile de un golpe, levantan su impotencia contra él. Se unen al ejército de los impotentes, para librar su guerra de venganza, amargura y rencor contra él, a fin de que él se vuelva uno con ellos. Y puesto que no saben que son uno con él, no saben a quién odian. Son en

verdad un ejército lamentable, cada uno de ellos tan capaz de atacar a su hermano o volverse contra sí mismo, como de recordar que una vez todos creyeron tener una causa común.

Encontramos aún otra presentación, y la más gráfica, del temor del ego al

poder de la mente del Hijo. Al elegir ser impotentes, tenemos miedo de nuestro verdadero poder y buscamos atacar a cualquiera que pueda reflejar

la fortaleza nuestra de mentalidad-correcta. Esto explica nuestra búsqueda

de explotar la debilidad del ego en nuestras relaciones especiales con enemigos y aliados, el arma principal en el asalto al poder de decisión de la

mente. Formamos alianzas de culpa bajo el subterfugio de fuerza, mientras

que, dado que las ideas no abandonan su fuente, solo son pobres sustitutos

(“un ejército lamentable”) del glorioso Ser que Dios creó. El hecho de que

el Hijo recuerde este Ser es el miedo predominante del ego; de ahí su terror

al principio de Expiación de que la separación (el ego) nunca ocurrió.

Pasamos ahora a una breve revisión de este principio de la salvación.

El principio de Expiación.

(II.12) Las creaciones del Hijo son semejantes a las de su Padre. Mas al crearlas, el ego se engaña a sí mismo pensando que él es independiente

de su Fuente. Su unión con Ella es la Fuente de su capacidad de crear. Aparte de esto no tiene poder para crear, y lo que hace no significa nada, no altera nada en la creación, depende enteramente de la locura de su hacedor y ni siquiera podría servir para justificarla. Tu hermano cree que él fabricó el mundo junto contigo. De este modo, niega la creación, y cree, al igual que tú, que el mundo que fabricó lo engendró a él. De este modo, niega haberlo fabricado.

No es de extrañar que el ego tema la decisión del Hijo en favor de la Expiación. No toma amablemente el que le digan que no tiene sentido. Independientemente, nuestra negación de la creación no tiene ningún efecto

sobre su inmutable y eterna realidad. La unidad perfecta y el amor perfecto,

después de todo, siguen siendo perfectos, a pesar de la fragmentación de los

sueños de locura del fragmentado ego. La Expiación sigue siendo la única

verdad en nuestros delirios de la creación errónea, y nos recuerda la unidad

de la creación: “una Unicidad unida cual Una sola” (T-25.I.7:1).

(V.2:1-2) La realidad no necesita tu cooperación para ser lo que es.

Pero tu conciencia de ella necesita tu ayuda, ya que tener esa conciencia

es algo que tú eliges.

El ego gasta todos los esfuerzos imaginables para negarnos esta ayuda, por

eso desarrolló su estrategia de la ausencia de la mente. La ayuda para recordar nuestra realidad está contenida en el tomador de decisiones de la

mente quien es el único que tiene el poder de elegir ilusión o verdad, locura

o razón.

(V.5:5-11) Tienes que haber reservado un lugar en el que el Espíritu Santo puede morar, y donde ya se encuentra. Él tiene que haber estado

ahí desde que surgió la necesidad de Él, la cual quedó satisfecha en ese

mismo instante. Eso es lo que la razón te diría, si escuchases. Mas es claro que ése no es el razonamiento del ego. El hecho de que la naturaleza de tu razón le sea ajena al ego, es prueba de que no hallarás

la respuesta en él. No obstante, si esto es así, dicha respuesta tiene que

existir. Y si existe para ti, y su propósito es tu libertad, debes ser libre de encontrarla.

Para asegurarse de que nunca encontremos y ejercitemos esta libertad de

elección, el ego nos man-tiene prisioneros en su doble encadenamiento, el

de la culpa y el del cuerpo. Sin embargo, la mente correcta, el hogar de la

Expiación del Espíritu Santo, siempre está ahí esperando nuestra decisión

de unirnos a ella. Jesús comparte con nosotros su razón, llamándonos a renunciar a la locura del ego y a aceptar la verdad de que la separación, y

por lo tanto el ego, nunca sucedió: permanecemos para siempre tal como

Dios nos creó.

El mundo: La proyección da lugar a la percepción.

Comenzamos esta sección con "Somos responsables de lo que vemos", citada con frecuencia por los estudiantes del Curso, aunque incorrectamente. Al decir que somos responsables de lo que vemos, Jesús se

refiere a cómo vemos – la percepción es interpretación. La percepción no es

lo que ven nuestros ojos en el mundo exterior, sino la interpretación de la

mente de lo que ven: el propósito del ego de promover el sueño de separación, o el propósito del Espíritu Santo de despertarnos de la pesadilla

de la culpa y el miedo.

(II.2:1) Esto es lo único que tienes que hacer para que se te conceda la visión, la felicidad, la liberación del dolor y el escape del pecado.

Este es uno de los muchos lugares en Un Curso de Milagros donde Jesús

nos dice lo único que tenemos hacer para liberarnos del dolor o ser verdaderamente felices. Como nos resistimos a lo que dice, necesita repetirlo de muchas diferentes maneras.

(II.2-5) Di únicamente esto, pero dilo de todo corazón y sin reservas, pues en ello radica el poder de la salvación:

Soy responsable de lo que veo.

Elijo los sentimientos que experimento y decido el objetivo que quiero alcanzar. Y todo lo que parece sucederme yo mismo lo he pedido, y se me

concede tal como lo pedí.

Como siempre, Jesús no habla de los aspectos externos de nuestra vida, sino

de cómo reaccionamos ante ellos. Recordando que la percepción es interpretación, nos preguntamos acerca de todas las situaciones:

“¿Esto me

pone feliz o triste?” Decidimos el objetivo que queremos alcanzar – pecado

o santidad, miedo o amor – y esta decisión determina nuestra percepción de

la situación. Si nos percibimos como tratados injustamente, amenazados o

con dolor, es sólo porque eso es lo que queremos percibir y sentir. Y entonces Jesús nos dice que somos responsables de la manera en que vemos

el mundo, y nadie ni nada tiene el poder de hacernos experimentar lo que no

deseamos.

De ello se desprende, entonces, que la afirmación “Y todo lo que parece

sucederme yo mismo lo he pedido, y se me concede tal como lo pedí” no se

trata de ganar o no ganar la lotería, ser sanado o no ser sanado de una enfermedad. Jesús se refiere a que nuestra mente está en paz o en conflicto.

Una vez más, lo que experimentamos es lo que queremos, y hemos visto

antes que queremos sentirnos tratados injustamente y sufrir para poder

culpar otros por eso – la agenda secreta del ego.

(II.2:6-7) No te engañes por más tiempo pensando que eres impotente

ante lo que se te hace. Reconoce únicamente que estabas equivocado, y todos los efectos de tus errores desaparecerán.

El gran engaño del ego – "el gran embaucador" – es que estamos a merced de fuerzas más allá nuestro control, que nuestro bienestar depende de otros, de hacer nuestra lección diaria del libro de ejercicios, o de cualquier cosa en el mundo a la que le hemos dado poder. El objetivo de esta sección, de este capítulo y del curso es restaurar a nuestra conciencia el poder de la mente para elegir la felicidad o la infelicidad, la alegría o el dolor. Tenemos que aceptar nuestra completa responsabilidad por todo lo que sentimos, porque sólo entonces podremos encontrar la paz que disuelve todos los efectos del sistema de pensamiento del ego. Para reiterar, mientras estamos en este nivel no somos responsables de los egos de otros, somos responsables de cómo reaccionamos ante ellos: la indefensión del perdón o la actitud defensiva del ataque. Aceptar que el ego es nuestro error nos permite aceptar la curación del milagro.

(II.3:1-3) Es imposible que el Hijo de Dios pueda ser controlado por sucesos externos a él. Es imposible que él mismo no haya elegido las cosas que le suceden. Su poder de decisión es lo que determina cada situación en la que parece encontrarse, ya sea por casualidad o coincidencia.

A nivel metafísico, ya que este es nuestro sueño y somos el soñador, todo lo que pasa aquí es nuestra elección, pero esta no es una idea útil a medida que avanzamos en nuestras vidas individuales. Lo que es útil, sin embargo, es saber que somos responsables de nuestras reacciones a los eventos. Si estos

se basan en la creencia de que hemos sido tratados injustamente o con crueldad, justificando nuestro enojo o ansiedad, es solo porque eso es lo que nosotros queremos. Asimismo, podemos ser pacíficos y perdonadores con la misma facilidad si nuestro deseo es ir más allá del cuerpo a la mente y volver a elegir. Aquí, entonces, no somos responsables de lo que otros nos hagan, sino solo de la manera en que percibimos lo que fue hecho. Todo se reduce al simple hecho de si nuestras mentes optan por percibir con Jesús o con el ego, deseando volver al Cielo o permanecer en el infierno. (II.3:4-8) Y ni las coincidencias ni las casualidades son posibles en el universo tal como Dios lo creó, fuera del cual no existe nada. Si sufres es porque decidiste que tu meta era el pecado. Si eres feliz, es porque pusiste tu poder de decisión en manos de Aquel que no puede sino decidir a favor de Dios por ti. Éste es el pequeño regalo que le ofreces al Espíritu Santo, y hasta esto Él te da para que te lo des a ti mismo. Pues mediante este regalo se te concede el poder de liberar a tu salvador para que él a su vez te pueda dar la salvación a ti. Si bien el "universo" de Dios es la perfección, en la que no puede haber coincidencia ni casualidad, la referencia aquí – las palabras son algo engañosas – es para el universo ilusorio de la mente. Aquí tampoco hay coincidencias – por diferentes razones, sin duda – porque el Hijo de Dios ha elegido todo lo que ha sucedido, está sucediendo, y aún sucederá. Si sufre dolor, esa fue su decisión; si experimenta la paz de Dios, esa también fue su decisión. No hay nada más en su mente que el dolor o la paz, lograda a través del juicio o la visión. Estas experiencias no ocurren por coincidencia sino por el poder de decisión de la mente, reflejado en el mundo por la ira o el perdón en el que aprisionamos al Hijo de Dios con las cadenas de la

culpa o lo liberamos con la salvación.

(II.4:1-7) No resientas tener que dar esta pequeña ofrenda, pues si no la

das seguirás viendo el mundo tal como lo ves ahora. Mas si la das, todo

lo que ves desaparecerá junto con él. Nunca se dio tanto a cambio de tan poco. Este intercambio se efectúa y se conserva en el instante santo.

Ahí, el mundo que no deseas se lleva ante el que sí deseas. Y el mundo que sí deseas se te concede, puesto que lo deseas.

Jesús continuamente nos pide que aceptemos su regalo de la plenitud de la

mente y lo compartamos con el mundo. Si ocultamos el poder de la mente

para elegir la salvación, haciendo que los cuerpos sean reales, negamos el

poder de la mente al mundo y a nosotros mismos. Todo depende de nuestra

decisión: el mundo de sufrimiento y muerte, o el mundo de perdón y sanación. El deseo de la mente es todo lo que podemos ver y experimentar.

(II.4:8-10) Mas para que eso tenga lugar, debes primero reconocer el poder de tu deseo. Tienes que aceptar su fuerza, no su debilidad.

Tienes

que percibir que lo que es tan poderoso como para construir todo un mundo puede también abandonarlo, y puede asimismo aceptar la corrección si está dispuesto a reconocer que estaba equivocado.

Jesús está hablando de nuevo sobre el poder de nuestras mentes, su único

enfoque, ayudándonos a reconocer que es la fuente de toda angustia y curación. El mundo fue hecho para negar la fortaleza de la mente, ubicando

en cambio al cuerpo, como causa de placer o dolor. "No creas en las mentiras del cuerpo", nos dice Jesús, "sino que confía en el poder de tu mente para llevarte de la muerte a la vida eterna. El poder de decisión de la

mente es la única causa de todo lo que pensamos, sentimos y hacemos.

Únete a mí y abandona este mundo de debilidad por la fortaleza de mi

mundo". ¿Cómo responderemos, sabiendo que somos los únicos dueños de nuestro destino; los capitanes de nuestra alma, para citar el famoso poema de Henley?

(II.5:1) El mundo que ves no es sino el testigo fútil de que tenías razón. Jesús luego nos pregunta: "¿Preferirías tener razón a ser feliz?"

(T29.VII.1:9). El ego fabricó el mundo para demostrar que tenemos razón y

que Dios está equivocado: la separación es verdad y la unidad una mentira.

¡Qué tonto confiar en una voz que nos promete felicidad, pero que solo ofrece dolor y miseria en un mundo que nos conduce directamente a la muerte!

(II.5:2-9) Es un testigo demente. Tú le enseñaste cuál tenía que ser su testimonio, y cuando te lo repitió, lo escuchaste y te convenciste a ti mismo de que lo que decía haber visto era verdad. Has sido tú quien se

ha causado todo esto a sí mismo. Sólo con que comprendieses esto, comprenderías también cuán circular es el razonamiento en que se basa tu "visión". Eso no fue algo que se te dio. Ése fue el regalo que tú te hiciste a ti mismo y que le hiciste a tu hermano. Accede, entonces, a que se le quite y a que sea reemplazado por la verdad. Y a medida que observes el cambio que tiene lugar en él, se te concederá poder verlo en

ti mismo.

El mundo se estableció para hacernos creer que se nos hacen cosas. Este

tema central de la proyección da lugar a la percepción se repite a lo largo de

nuestra sinfonía. Deseamos vernos a nosotros mismos como víctimas del

pecado, lo cual es la razón por la que fabricamos un mundo pecaminoso que

nos trata injustamente, ocultando la loca premisa de la separación sobre la

que descansa esta circularidad. Sin embargo, al cambiar de maestro podemos cambiar nuestras percepciones erróneas, permitiendo que la visión

limpie la creencia delirante en la separación, el pecado y el ataque. Por así

decirlo, extendemos la bendición del Cielo a los demás y a nosotros mismos, salvando al mundo de la locura de creer que la nada es algo, y que

la Totalidad no existe.

(II.6:1-3) Tal vez no veas la necesidad de hacer esta pequeña ofrenda.

Si

ése es el caso, examina más detenidamente lo que dicha ofrenda representa. Y no veas en ella otra cosa que el absoluto intercambio de la separación por la salvación.

El motivo principal de examinar vuelve, con una variación, Jesús nos pide

que examinemos con él la ofrenda de perdón: el regalo de la salvación que

acaba con el sufrimiento y el pecado. Este examinar, sin embargo, debe ir

precedido de ver el propósito detrás de nuestra creencia en la ilusión de la

separación, porque esta locura del ego oscurece los regalos que Jesús pone

ante nosotros.

(II.6:4-7) El ego no es más que la idea de que es posible que al Hijo de Dios le puedan suceder cosas en contra de su voluntad, y, por ende, en contra de la Voluntad de su Creador, la Cual no puede estar separada de la suya. Con esta idea fue con lo que el Hijo de Dios reemplazó su voluntad, en rebelión demente contra lo que no puede sino ser eterno. Dicha idea es la declaración de que él puede privar a Dios de Su poder y quedarse con él para sí mismo, privándose de este modo de lo que Dios dispuso para él. Y es esta descabellada idea la que has entronado en tus altares y a la que rindes culto.

No es accidental que Jesús use términos religiosos al hablar del ego: primero, para reflejar cómo la religión formal es el sistema de pensamiento

del ego en acción; y segundo, para ayudarnos a ver que el ego es algo a lo

que le rendimos culto, si no está ante nosotros para adorarlo, se ha convertido en un Dios para nosotros. De hecho, creemos en la deidad a la

que le rezamos, aunque es un ídolo del ego porque nuestra Fuente no sabe nada del mundo ilusorio. El sistema de pensamiento de separación y el mundo que surgió de él se basan en la loca idea de que una parte de Dios, la perfecta Unidad, puede separarse de Sí Mismo. Sólo en los delirios es posible, siendo la adoración al ego una locura que justifica un tranquilo rechazo en favor de la verdad del instante santo.

(II.6:8-9) Y todo lo que supone una amenaza para ella parece atacar tu fe, pues en ella es donde la has depositado. No pienses que te falta fe, pues tu creencia y confianza en dicha idea son ciertamente firmes. Jesús nos está diciendo que no pensemos que estamos sin fuerzas. El poder

de la mente para elegir lo que queremos creer es el instrumento más poderoso del mundo. La estrategia del ego de negar este poder sigue, porque creemos que otros han cometido el pecado de separación y ataque,

el cual creemos secreta-mente que es el nuestro propio. Ésta es la diferencia, como se describirá más adelante, entre el sueño secreto de la

mente en el que somos el victimario, y el sueño del mundo de nuestra victimización (T-27.VII.11:6-12:2). La fe en ambos sueños es verdaderamente falta de fe, constituyendo la creencia en la nada. A pesar de

esta aparente fuerza por la fe en el ego, la nada permanece como nada, ya

que los sueños no tienen ningún efecto sobre la realidad del Hijo de Dios.

(II.9:1) Ya hemos dicho que hacerse ilusiones es la manera en que el ego

lidia con lo que desea para tratar de convertirlo en realidad.

Deseamos que haya un mundo de separación que nos victimice, y ¡voilà! –

ahí está. Pensamos que este mundo existe fuera de nosotros, pero permanece dentro (las ideas no abandonan su fuente), tal como nuestros

yo es separados lo están.

(II.9:2-3) No hay mejor demostración del poder del deseo, y, por ende, de la fe, para hacer que sus objetivos parezcan reales y posibles. La fe en lo irreal conduce a que se tengan que hacer ajustes en la realidad

para que se amolde al objetivo de la locura.

El objetivo de la locura es la separación y colocar la creencia de nuestra

mente, el poder de la fe, en el sistema de pensamiento del ego de lo irreal,

establece la necesidad de un mundo que sustituya al Cielo. El propósito de

esta fe fuera de lugar es que nos ajustemos a la locura de la separación,

reforzando así su realidad en nuestras mentes soñadoras.

(II.9:4-6) El objetivo del pecado induce a la percepción de un mundo temible para justificar su propósito. Verás aquello que desees ver. Y si la realidad de lo que ves es falsa, lo defenderás no dándote cuenta de todos los ajustes que has tenido que hacer para que ello sea como lo ves.

“Verás aquello que desees ver” expresa el principio de que la proyección da

lugar a la percepción. Si deseamos que el sistema de pensamiento del ego

sea real, creemos en él y en sus efectos proyectados. Nos ajustamos a

estas proyecciones locas de separación a través de nuestras relaciones especiales, que mantienen la ilusión y nos mantienen dormidos a la verdad.

(II.10:1) Cuando se niega la visión, la confusión entre causa y efecto es inevitable.

En el gráfico vemos la palabra causa identificada con la mente y efecto con

el mundo – otro tema recurrente en nuestra sinfonía. Los pensamientos más

importantes sobre este tema se encuentran en los Capítulos 27 y 28: el mundo (sueño) es el efecto de la mente (soñador) que es su causa.

Esta

relación causal se oculta y se invierte cuando vemos a través de los ojos del

cuerpo, que hacen del mundo la causa de nosotros mismos y de todos nuestros sentimientos y acciones:

(II.10:2) El propósito es ahora mantener la causa oculta del efecto y hacer que el efecto parezca ser la causa.

Una vez más vemos una frase que resume la estrategia del ego:
ocultar la
mente y mantenerla de esa manera. Esto está representado por el velo
de
negación del gráfico, en el que olvidamos que somos la causa (el
pecador).

Debido a la proyección, parece como si el mundo nos estuviera
causando -

desde el nacimiento, a través de la vida, hasta la muerte. Creemos que
nuestros genes, padres y medio ambiente nos hicieron como somos:
efectos

inocentes de causas pecaminosas que no son obra nuestra.

(II.10:3-8) Esta aparente autonomía del efecto permite que se le
considere algo independiente, y capaz de ser la causa de los sucesos y
sentimientos que su hacedor cree que el efecto suscita. Anteriormente
hablamos de tu deseo de crear a tu propio creador, y de ser el padre y
no el hijo de él. Éste es el mismo deseo. El Hijo es el efecto que quiere
negar su Causa. Y así, él parece ser la causa y producir efectos reales.
Pero lo cierto es que no puede haber efectos sin causa, y confundir
ambas cosas es simplemente no entender ninguna de las dos.

Esto expresa la loca noción de que negamos a Dios matándolo,
usurpando

Su lugar en el trono de la creación - la falsa autonomía del ego.

Negando

que somos los pecadores, culpamos al mundo "real" por nuestros
sentimientos de pecado, culpa y miedo que nuestras mentes causaron
en

secreto. Tanta confusión entre cuerpo y mente nos impide ver que los
efectos que experimentamos, el sufrimiento y la muerte, provienen de
lo

inexistente causa de la separación. En consecuencia, a pesar de la fe
que

depositamos en la mentira del ego, los efectos de un pensamiento
ilusorio

también deben ser inexistentes.

(II.11) Es tan esencial que reconozcas que tú has fabricado el mundo
que ves, como que reconozcas que tú no te creaste a ti mismo. Pues se
trata del mismo error. Nada que tu Creador no haya creado puede
ejercer influencia alguna sobre ti. Y si crees que lo que hiciste puede

dictarte lo que debes ver y sentir, y tienes fe en que puede hacerlo, estás negando a tu Creador y creyendo que tú te hiciste a ti mismo. Pues si crees que el mundo que construiste tiene el poder de hacer de ti lo que se le antoje, estás confundiendo Padre e Hijo, Fuente y efecto. El hecho de que podamos sustituir a Dios y crearnos a nosotros mismos es el primer error, el segundo es que podríamos hacer un mundo que sustituyera al Cielo. Son el mismo error en diferentes formas, porque es absurdo pensar que una ilusión pueda afectar al santo Hijo de Dios, y mucho menos a su Creador. Es solo en sueños de locura que creemos que el cuerpo impotente tiene influencia sobre la mente todopoderosa. Los efectos no pueden cambiar su causa y las mentes están influenciadas únicamente por sus propias decisiones. Sobre el nivel práctico de nuestra existencia diaria, esto significa que nada fuera de nosotros nos trae dolor o alegría, nos pone tristes o felices. Comprender esto es la esencia del milagro, que retira el poder que le habíamos dado al mundo y lo devuelve a la mente que es la única causa de todo lo que pensamos, sentimos, decimos, y hacemos. Pasamos ahora a la sección "La última pregunta que queda por contestar", concentrándonos en la cuarta y última pregunta que es la clave para comprender el sistema de pensamiento del ego: (VII.5:10-13) Pero deja que se haga a sí mismo las siguientes preguntas con respecto a las cuales tiene que tomar una decisión, para que esto se lleve a cabo por él:

¿Deseo un mundo en el que gobierno yo en lugar de uno que me gobierna a mí? ¿Deseo un mundo en el que soy poderoso en lugar de uno en el que soy impotente? ¿Deseo un mundo en el que no tengo enemigos y no puedo pecar?

Estas tres preguntas, que realmente son declaraciones, son las mismas. En el sistema del ego creemos que estamos gobernados por el mundo del odio, siendo presos impotentes de nuestros enemigos pecadores. No queremos cuestionar estas preguntas porque queremos un mundo de pecado en el que no somos la causa de nuestra propia angustia. En otras palabras, hemos creado un mundo en el que somos víctimas inocentes de fuerzas más allá de nuestro control, las percepciones distorsionadas que preservan nuestro yo.

La cuarta pregunta aborda nuestro propósito de mantener esta loca creencia:

(VII.5:14) ¿Y deseo ver aquello que negué porque es la verdad? Es por eso que el ego nos hizo negar la Expiación que deshace la separación. Mientras que las tres primeras preguntas tratan acerca del mundo, esta cuarta involucra la mente. El mundo en el que somos víctimas inocentes es la defensa que protege la negación de la verdad de la mente, que es la creencia en el pecado y la culpa. El ego nunca quiere que regresemos a la mente donde reconoceríamos que nuestra elección por las ilusiones es fácilmente corregida por la verdad de la Expiación del Espíritu Santo.

(VII.7) No olvides que la elección entre el pecado y la verdad, o la impotencia y el poder, es la elección entre atacar y curar. Pues la curación emana del poder, y el ataque, de la impotencia. Es imposible que quieras curar a quien atacas. Y el que deseas que sane tiene que ser aquel que decidiste que estuviese a salvo del ataque. ¿Y qué otra cosa podría ser esta decisión, sino la elección entre verle a través de los ojos del cuerpo, o bien permitir que te sea revelado a través de la visión? La manera en que esta decisión da lugar a sus efectos no es tu problema.

Pero tú decides lo que quieres ver. Éste es un curso acerca de causas, no de efectos.

Esta última frase lo dice todo: Un Curso de Milagros se trata de cambiar la mente (la causa), no el mundo o el comportamiento (el efecto). Jesús está dejando en claro que no debemos pedirle que haga cosas por nosotros en el

mundo, cuyo propósito de mentalidad-correcta es recordarnos que nuestro

problema está en la mente, lo que nos permite a nosotros invertir la proyección. Pedir la ayuda de nuestro hermano mayor permite que su visión

sanadora reemplace nuestros juiciosos ataques, y que la paz pueda volver

por fin a nuestras torturadas mentes. Volvemos a ver el tema, y lo volveremos en movimientos posteriores, que nuestro enfoque debe estar en

elegir el perdón; los efectos de esta elección por la mentalidad-errada no

son nuestra preocupación. En este espíritu, el milagro nos pide sólo una

“pequeña dosis de buena voluntad” de cuestionar las mentiras del ego que

hablan de que nuestras experiencias de separación no las hicimos nosotros,

sino otros. Esto abre la puerta antes cerrada a la mente, permitiéndonos ver

la simple causa de toda nuestra angustia y elegir de nuevo, liberando la

causa curativa que es el amor que se extiende sin obstáculos en todo el

mundo del dolor y el sufrimiento.

Volvemos a las cuatro preguntas anteriores:

(VII.11) El contenido de estas preguntas es el mismo. Pues cada una de ellas te pregunta si estás dispuesto a intercambiar el mundo del pecado

por lo que el Espíritu Santo ve, puesto que es esto lo que el mundo del pecado niega. Los que ven el pecado, por lo tanto, están viendo la

negación del mundo real. Sin embargo, la última pregunta suma a tu anhelo de querer ver el mundo real el deseo de permanencia, de tal forma que ese deseo se convierta en el único que tengas. Si contestas esta pregunta con un “sí”, añades sinceridad a las decisiones que ya has

tomado con respecto a las demás. Pues sólo entonces habrás renunciado

a la opción de poder cambiar de parecer nuevamente. Cuando eso deje de interesarte, las otras preguntas quedarán perfectamente contestadas.

No es suficiente decir que ya no deseamos ser la víctima del mundo, que es

lo que queremos decir cuando respondemos afirmativamente las tres primeras preguntas. La última pregunta, una vez más, nos devuelve a la

mente. A menos que deshagamos la decisión por la culpa que niega la presencia del amor, la proyectaremos continuamente y nos veremos cómo

víctimas de un mundo hostil que nos amenaza continuamente. Este, entonces, es el punto de Jesús. Nosotros debemos hacer más que dar el

primer paso que nos lleva a la mente tomadora de decisiones – no es culpa

del mundo sino nuestra – pero date cuenta de que la culpa interior es una

elección deliberada de negar la verdad de la Expiación. Hasta que deshagamos esta decisión por la mentalidad-errada, seguiremos vacilando.

Hablamos de la elección de no vernos a nosotros mismos como individuos

distintos – únicos, autónomos y especiales – separados del Amor de Dios,

sino como el Hijo que Él creó. Esto se refleja en el sueño del mundo al reconocer la necesidad compartida del Hijo de Dios de despertar de la pesadilla del especialismo a la realidad de su unidad.

Volvemos a mirar el comienzo del capítulo para discutir más a fondo la naturaleza del inventado mundo de la proyección:

(In.1:1-5) La proyección da lugar a la percepción. El mundo que ves se compone de aquello con lo que tú lo dotaste. Nada más. Pero si bien no

es nada más, tampoco es menos. Por lo tanto, es importante para ti. Es el testimonio de tu estado mental, la imagen externa de una condición interna.

Esta es la segunda vez que vemos estas importantes palabras: "La proyección da lugar a la percepción" (ver T-13.V.3:5). El mundo no es más

que "el testimonio de tu estado mental, la imagen externa de una condición

interna". Hablando del mundo de venganza del ego, la Lección 23 dice de

manera similar que cada percepción de este mundo "es una representación

gráfica de [nuestros] propios pensamientos de ataque" (L-pl.23.3:2). La dinámica es siempre la misma: primero miramos hacia adentro y luego nuestras mentes eligen, Expiación o culpa como la verdad. Un mundo surge

literalmente de esa elección (la "condición interna" de la mente), reflejando

la visión de Cristo que ve solo un propósito compartido o la percepción del

ego que ve la separación y la culpa a todo nuestro alrededor, pero nunca

dentro. Dado que las ideas no abandonan su fuente, todo lo que percibimos

en el mundo, como el mundo, no solo se origina en la mente, sino que permanece allí, por eso Jesús nos da estas siguientes dos oraciones:

(In.1:6-7) Tal como el hombre piense, así percibirá. No trates, por lo tanto, de cambiar el mundo, sino elige más bien cambiar de mentalidad

acerca de él.

Es increíble la frecuencia con la que los estudiantes citan estas palabras sin

comprender su total implicación. El mundo no existe, entonces, ¿por qué

necesitamos convertir el mundo a Un Curso de Milagros o a cualquier otra

cosa? ¿Cómo podemos afectar algo que no está ahí? Nos convertimos en

parte del problema si lo intentamos, y es por eso que los problemas

percibidos no son más que nuestro pensamiento de que, de hecho, hay un

mundo que cambiar, corregir o convertir. Para volver a citar esta importante

línea: “Éste es un curso acerca de causas, no de efectos” (T-21.VII.7:8). Nuestra única responsabilidad es aceptar la Expiación para nosotros mismos. Eso es todo. Al sanar la causa (la mente), el efecto que experimentamos (también en la mente) solo puede ser paz y alegría.

Que

importa, entonces, ¿qué parezca estar pasando fuera de nosotros?

(In.1:8-12) La percepción es un resultado, no una causa. Por eso es por lo que el concepto de grados de dificultad en los milagros no tiene sentido. Todo lo que se contempla a través de la visión es sano y santo. Nada que se perciba sin ella tiene significado. Y donde no hay significado, hay caos.

Esto tiene sentido solo si reconocemos la primacía de la mente y la simplicidad tanto del problema y su solución. La visión de Cristo, que refleja Su perfecta Unidad, solo ve santidad, independientemente de la forma, mientras que la elección del juicio es la elección de la enfermedad y

el caos. Ahí radica la curación de la mente, porque el problema nunca se

encuentra entre las múltiples formas del mundo, sino sólo en el contenido

de haber elegido incorrectamente. Aunque separados por veintidós capítulos, el primer principio de los milagros (T-1.I.1:1) corrige la primera

ley del caos del ego de que "hay una jerarquía de ilusiones" (T-23.II.2:3). El

milagro devuelve nuestra atención del mundo perceptivo de la ilusión (efecto o resultado) a la mente (causa), para que podamos elegir de nuevo.

(I.1) No te olvides nunca de que el mundo que “ven” los ciegos tiene que

ser imaginario, pues desconocen el verdadero aspecto del mundo.

Tienen que inferir lo que se puede ver basándose en datos que son siempre indirectos y reformular sus deducciones según tropiezan y se caen debido a lo que no reconocieron, o bien pasar sin sufrir daño alguno a través de puertas abiertas que ellos creían cerradas. Y lo mismo ocurre contigo. Tú no ves. Las indicaciones en las que te basas

para llegar a tus conclusiones son erróneas, y por eso tropiezas y te caes

encima de las piedras que no viste, sin darte cuenta de que puedes atravesar las puertas que, aunque creías que estaban cerradas, se encuentran abiertas para los ojos que no ven, esperando a darte la bienvenida.

Somos como los físicamente ciegos, porque intentamos ver a través de ojos

que no pueden ver. No afectada por estos intentos, la visión de la mente

todavía está disponible para guiarnos a través de las puertas cerradas del

sistema de pensamiento del ego, si tomamos a Jesús como nuestro guía. Su

amable razón nos enseña a ver el reflejo de la verdad en nuestra percepción

corregida, y, por lo tanto, las proyecciones del ego hechas para ocultar la

mente – recuerda que nuestros ojos fueron hechos para no ver – se convierten en el medio para recordar esto, tal como el milagro de la visión

de Cristo nos da la bienvenida a nuestra mentalidad-correcta, el hogar lejos

del hogar.

(I.2) ¡Qué descabellado es tratar de juzgar aquello que simplemente se podría ver! No es necesario imaginar que aspecto debe tener el mundo.

Antes de que lo puedas reconocer como lo que es, tienes que verlo. Se te

puede mostrar que puertas están abiertas, para que así puedas ver dónde radica la seguridad, que camino conduce a las tinieblas y cuál a la luz. Los juicios siempre te darán indicaciones falsas, pero la visión te muestra por donde ir. ¿Por qué tratar de adivinarlo?

La elección siempre se reduce al juicio o la visión. ¿Ponemos nuestra fe en

la oscuridad del ego o en la luz de Jesús, sabiendo que una bloqueará nuestra vista, reforzando los sueños de muerte, mientras que la otra suavemente abre nuestros ojos para que podamos ver? Esta simple condición previa para despertar a la vida eterna no tiene sentido, sin

embargo, a menos que se ponga en práctica a diario. De la manera más consistente posible, necesitamos ver los intereses de los demás como propios, intercambiando los juicios que diferencian, por la visión que nos une en el propósito compartido del espíritu.

(I.4) Los ciegos se acostumbran a su mundo adaptándose a él. Creen saber cómo desenvolverse en él. Han aprendido a hacerlo, pero no a través de lecciones gozosas, sino a través de la dura necesidad impuesta

por las limitaciones que no creían poder superar. Y como todavía lo siguen creyendo, tienen en gran estima esas lecciones y se aferran a ellas porque no pueden ver. No entienden que son las lecciones en sí las

que los mantienen ciegos. Eso no lo creen. Y así, conservan el mundo que aprendieron a “ver” en su imaginación, creyendo que sólo pueden elegir entre eso o nada. Odian el mundo que aprendieron a conocer mediante el dolor. Y todo lo que creen que habita en él sólo sirve para recordarles que están incompletos y que se les ha privado injustamente

de algo.

De esta manera vivimos, nos ajustamos a los crueles dictados del pecado y

el juicio del ego. Nosotros hemos sobre-aprendido nuestras habilidades de

supervivencia en un mundo de sufrimiento y muerte, pero nunca, hasta

ahora, habíamos considerado que hay otra manera de ver. Al estar seguros

de que tenemos razón, ya que el cuerpo – aparato sensorial y cerebro – nos

contó lo que nosotros éramos, no hemos podido reconocer que este mismo

cuerpo ha mentado, brindándonos una información falsa de la realidad. El

sacrificio y la pérdida parecen naturales, y nos defendemos de su dolor con

nuestro especialismo, sin comprender que su causa reside en el interior. La

desesperanza es la ley de la vida y el odio está justificado mientras

tropezamos en nuestra "señalada ronda de amargura" (The Gifts of God, p.

50), dolorosamente ciegos al amor que brilla dentro de la mente que no ve.

(I.5:1-4) Por lo tanto, definen su vida y donde viven, y se adaptan a ello como creen que deben hacerlo, temerosos de perder lo poco que tienen.

Y lo mismo ocurre con todos aquellos que consideran que lo único que tanto ellos como sus hermanos tienen es el cuerpo. Tratan de comunicarse entre sí y fracasan una y otra vez. Y se adaptan a la soledad, pues creen que conservar el cuerpo es proteger lo poco que tienen.

Nuestro principal medio de adaptación al mundo impulsado por la culpa es

la relación especial donde buscamos paliar nuestra soledad uniéndonos a

otros cuerpos. Esta estratagema del ego refuerza nuestro sentido de separación porque "las mentes están unidas; los cuerpos no" (T-18.VI.3:1).

Dado que el cuerpo es todo lo que conocemos, y nuestras mentes están

cegadas por el ego, no tenemos más remedio que salvar algunas miserables

migajas de existencia que apenas sostienen nuestro delicado y frágil ser.

(V.1:1-4) La percepción selecciona y configura el mundo que ves.

Literalmente lo selecciona siguiendo las directrices de la mente. Las leyes del tamaño, de la forma y de la luminosidad tendrían validez, quizá, si otras cosas fuesen iguales. Pero no lo son.

No es cierto, a pesar de las mentiras de la percepción, que el mundo y la

mente sean iguales. Ellos no lo son. La mente es la causa del mundo, que es

su efecto, como una marioneta que ve y oye lo que se ha decidido que vea y

oiga. ¿Qué más podría necesitar curación excepto la mente, cuando no hay

un mundo fuera de su separada y separante fuente?

(V.1:5-11) Pues es mucho más probable que halles lo que buscas que lo que prefieres pasar por alto. La apacible y queda Voz que habla en

favor de Dios no se ve ahogada por los estridentes gritos e insensatos arranques de furia con los que el ego acosa a aquellos que desean escucharla. La percepción es una elección, no un hecho. Pero de esta elección depende mucho más de lo que te has dado cuenta hasta ahora.

Pues tu creencia acerca de quién eres depende enteramente de la voz que elijas escuchar y de los panoramas que elijas ver. La percepción da testimonio únicamente de esto, nunca de la realidad. Puede mostrarte, no obstante, bajo qué condiciones es posible tener conciencia de la realidad, o aquellas en las que nunca sería posible.

Decir "la percepción es una elección, no un hecho" es otra forma de decir

que la percepción es interpretación. Nosotros vemos lo que deseamos ver,

basándonos en el concepto de nosotros mismos que elegimos defender. En

pocas palabras, toda percepción proviene de la decisión de la mente por el

ego o por el Espíritu Santo. Esto significa que la forma en que percibimos el

mundo nos dice cómo nos percibimos a nosotros mismos, y veremos nuevamente cómo esto, la tarea del milagro, es el único valor del mundo.

¿Cómo puede ser valiosa una proyección de nada? Las implicaciones de

este pasaje son enormes, por decir lo menos, porque señalan la irre realidad de

todas las leyes que el mundo considera sacrosantas y que tiene en gran

estima. De hecho, las únicas leyes que Un Curso de Milagros reconoce fuera del Cielo son las de la culpa y las del perdón, de los que surgen dos

mundos distintos. Aquí está el del ego:

(V.2:3-8) Si le prestas oídos a los dictados del ego y ves lo que él te indica ver, no podrás sino considerarte a ti mismo, insignificante, vulnerable y temeroso. Experimentarás depresión, una sensación de no

valer nada, así como sentimientos de inestabilidad e irre realidad. Creerás que eres la desvalida víctima de fuerzas que están más allá de tu

control y que son mucho más poderosas que tú. Y creerás que el mundo que fabricaste rige tu destino. Pues tendrás fe en eso. Pero no creas que porque tengas fe en eso, ello pueda hacer que sea real. La última línea refleja el principio de Expiación: somos libres de creer lo queelijamos, pero creer no puede hacer que lo irreal sea real o ni que lo real sea irreal. Podemos estar tan locos como queramos, creyendo en nuestra inutilidad e inocencia victimizada (u omnipotencia), pero esto no tiene ningún efecto en nuestra realidad como Cristo. Vemos con qué frecuencia aparece este tema en nuestra sinfonía: el desamparo percibido al estar frente a fuerzas más allá de nuestro control; inventando así un mundo aterrador del cual no somos responsables, para que otro sea castigado por nuestro pecado de separación.

El poder de la mente - I

Continuamos nuestro enfoque en el poder de la mente para elegir la ilusión o la verdad, el pecado o la santidad.

(III.2:1-2) Si aceptas este cambio [de la relación especial a la santa], habrás aceptado la idea de hacerle sitio a la verdad. La fuente del pecado habrá desaparecido.

El problema es que no dejamos espacio para la verdad, sino que llenamos nuestras mentes con ilusiones de pecado y especialismo. La Expiación nos dice que la fuente del pecado habrá desaparecido porque la separación nunca ocurrió. Sin su causa (pecado), todos los efectos aparentes (especialismo) también habrán desaparecido, habiéndolo hecho en su nada sin causa. Sin restricciones, la verdad ahora es libre de ser ella misma, brillando con su luz en la mente del inocente Hijo de Dios.

(III.2:3-4) Tal vez te imagines que todavía experimentas sus efectos, pero el pecado ha dejado de ser tu propósito y ya no lo quieres más. Nadie permite que su propósito sea reemplazado mientras todavía lo

siga deseando, pues nada se quiere y se protege más que un objeto que la mente haya aceptado.

Más que nada apreciamos nuestra existencia separada, los efectos del pecado. Preservar el yo individual y especial es el propósito del mundo, pero nuestras mentes contienen un yo corregido que simplemente espera

nuestro deseo de él. El resultado final sigue siendo lo que realmente queremos, porque este deseo determina el mundo que vemos, experimentamos y hacemos realidad.

(III.2:5-7) Lo perseguirá, sombría o felizmente, pero siempre con fe y con la perseverancia que la fe inevitablemente trae consigo. El poder de

la fe jamás se puede reconocer si se deposita en el pecado. Pero siempre

se reconoce si se deposita en el amor.

Cuando ponemos fe en el pecado, cedemos el poder de la mente para elegir,

y nuestro pecado máspreciado es proyectado sobre todos y, sobre todo.

Esta inteligente estrategia del ego mantiene el poder de nuestra fe (o decisión) fuera de la conciencia, y así, persistimos en creer que estamos a

merced de fuerzas y eventos incontrolables. Sin embargo, cuando elegimos

el perdón, el reflejo del amor, volvemos a la mente y su poder para elegir a

Dios o al ego.

(III.3:1-3) ¿Por qué te resulta tan extraño que la fe pueda mover montañas? En realidad, ésa es una hazaña insignificante para semejante poder. Pues la fe puede mantener al Hijo de Dios encadenado

mientras él crea que lo está.

Al citar la famosa declaración del evangelio (Mateo 17:20), Jesús no se refiere a la fe como suele ser concebida, sino al poder de la mente para

creer en el ego o en el Espíritu Santo. En lo que ponemos nuestra fe creemos, y lo que creemos lo proyectaremos, viendo en el mundo lo que

deseemos: pecados o peticiones de amor. La fe en el ego, como hemos

visto, es fe en nada – es decir, falta de fe – que nos aprisiona en las cadenas de la culpa hasta que cambiemos nuestras mentes y pongamos la fe en nuestro verdadero Maestro.

(III.3:4-7) Mas cuando se libre de las cadenas será simplemente porque habrá dejado de creer en ellas, al retirar su fe de la idea de que lo podían aprisionar, y depositarla en cambio en su libertad. Es imposible tener fe en dos orientaciones opuestas. La fe que depositas en el pecado

se la quitas a la santidad. Y lo que le ofreces a la santidad se lo has quitado al pecado.

El problema es que ponemos nuestra fe en el pecado y luego, al olvidarnos

de haberlo hecho, nos encontramos encadenados a un mundo lleno de odio

y venganza sin recuerdos de cómo llegamos allí. Percibimos el pecado en

todo el mundo, e incluso cuando nos incluimos en él, todavía afirmamos

que el pecado de otro nos hizo de esta manera. No sabemos acerca de la

mente que ha optado por creer en la locura de la separación y ha puesto su

fe en ella. Jesús llama a su libro Un Curso de Milagros porque el milagro corrige esta locura al devolvernos a la mente tomadora de decisiones que

puede elegir al Espíritu Santo en lugar del ego. Es uno u otro, al elegir a

uno dejamos ir al otro. "¿Cuál será tu elección?" Jesús nos pregunta repetidamente: recuerda que es la elección entre pecado y santidad, entre

aprimonamiento y libertad.

(III.5:1-3) No es posible que al Hijo de Dios le falte fe, pero sí puede elegir dónde desea depositarla. La falta de fe no es realmente falta de fe, sino fe que se ha depositado en lo que no es nada. La fe que se deposita en las ilusiones no carece de poder, pues debido a ello el Hijo de Dios cree ser impotente.

Si ponemos nuestra fe en el ego, volviéndonos sin mentes, estaremos

convencidos de que somos débiles porque el poder en el sueño reside en la mente, no en el cuerpo. Mientras el ego nos dice que nuestros cuerpos tener poder, psicológica y físicamente, esto no es más que una ilusión de fuerza.

El verdadero poder reside en la capacidad de la mente para elegir su identidad: la debilidad del ego o la fortaleza de Dios. Citando de nuevo desde el final del texto leemos: “Siempre eliges entre tu debilidad y la fortaleza de Cristo en ti. Y lo que eliges es lo que crees que es real” (T31.VIII.2:3-4). A lo que sumamos: lo que pensamos que es real es lo que deseamos pensar que es real, el maestro en quien hemos elegido poner nuestra fe.

(III.5:4-6) De ese modo, no se es fiel a sí mismo, pero sí tiene gran fe en las ilusiones que abriga acerca de sí mismo. Pues tú inventaste la fe, la percepción y la creencia a fin de perder la certeza y encontrar el pecado. Este rumbo demente fue tu propia elección, y al depositar tu fe en lo que habías elegido, fabricaste lo que deseabas.

Al creer en el ego que eligieron nuestras mentes, creamos una identidad separada y un mundo y un cuerpo para albergarlo. Esta fe en la ilusión le dio al yo deseado una aparente realidad distinta de la de los demás, y una en la que podríamos creer que es verdad. Al hacerlo, parecíamos excluir cualquier esperanza de cambio significativo del pecado a la santidad del inocente Hijo de Dios.

(III.9:1) Aquellos que creen en el pecado deben pensar que el Espíritu Santo exige sacrificios, pues creen que ésa es la manera de alcanzar su objetivo.

Volvemos al importante tema de uno u otro. Nuestro propósito al establecer una identidad especial, pero culpando a otros por ella, es que ellos sean

sacrificados por el pecado. Serán castigados para que nosotros no lo seamos; su inocencia es sacrificada para que nosotros la poseamos, mientras ellos a su vez son juzgados como pecadores culpables. En otras palabras, tienen lo que queremos, así que los matamos – si no es físicamente, es psicológicamente – para robar la inocencia especial que creemos que nos falta.

(III.9:2-4) Hermano, el Espíritu Santo sabe que el sacrificio no aporta nada. Él no hace tratos. Y si intentas imponerle límites, lo odiarás porque tendrás miedo de Él.

Cuando buscamos limitar al Espíritu Santo contándole nuestros problemas específicos, exigiéndole que los atienda, buscamos limitar la ilimitación de

Su Amor. Invariablemente recreamos la separación original de Dios, por

eso nos sentimos culpables. Proyectando esta culpa, creemos que tenemos

que ser castigados y tememos el horrible destino que secretamente creemos

que nos merecemos. Nuestro único Amigo ahora se ha convertido en el odiado enemigo que necesitamos controlar y odiar.

(III.10:1) Tu fe en el sacrificio ha hecho que éste tenga gran poder ante tus ojos, salvo que no te das cuenta de que no puedes ver debido a él. Cuando los ojos de nuestro cuerpo ven las proyecciones del sistema de pensamiento del ego de uno u otro, no vemos en absoluto, porque todo lo

que “vemos” son las “representaciones gráficas” (L-pl.23.3:2) de nuestra

culpa ilusoria. Así, nuestros delirios de separación y sacrificio dan lugar a

alucinaciones de intereses separados.

(III.10:2-5) Pues sólo se le puede exigir sacrificio al cuerpo, y sólo otro cuerpo puede exigirlo. La mente, de por sí, no podría ni exigirlo ni recibirlo. El cuerpo tampoco. La intención está en la mente, que trata de valerse del cuerpo para poner en práctica los medios del pecado en los que ella cree.

El sacrificio es de la mente, la fuente de todas las relaciones especiales, no del cuerpo. La frecuencia con la que Jesús hace este punto ilustra la importancia de comprender la relación entre la mente y el cuerpo/mundo.

Sin reconocer que la mente es la causa, nunca podremos darnos cuenta del poder de elegir de nuevo que acabaría con el loco sistema de pensamiento del pecado y el sacrificio.

(III.10:6-7) Y así, los que valoran el pecado no pueden sino creer que la mente y el cuerpo están unidos. Y de este modo, el sacrificio es, invariablemente, un medio para imponer límites, y, por consiguiente, para odiar.

La necesidad del ego de unir la mente y el cuerpo sirve a su propósito de

preservar el pecado de la mente a expensas del cuerpo; el sello distintivo de

la relación especial que limita al Hijo de Dios a un cuerpo, sacrificando su

mente y espíritu. El énfasis en la medicina holística de integrar mente, cuerpo y espíritu puede ser visto como absurdo desde el punto de vista del

Curso. La mente y el cuerpo no pueden integrarse porque el cuerpo es literalmente nada. Además, dado que las ideas no abandonan su fuente, el

cuerpo sigue siendo un pensamiento en la mente que no tiene nada que ver

con el espíritu.

(III.12) El cuerpo se concibió para que sirviese de sacrificio al pecado, y así es como aún se le considera en las tinieblas. A la luz de la visión, no

obstante, se le considera de manera muy distinta. Puedes confiar en que

servirá fielmente al propósito del Espíritu Santo, y puedes conferirle poder para que se vuelva un instrumento de ayuda a fin de que los ciegos puedan ver. Mas cuando ellos vean, mirarán más allá de él, al igual que tú. A la fe y a la creencia que depositaste en el cuerpo les corresponde estar más allá de él. Transferiste tu percepción, tu creencia

y tu fe de la mente al cuerpo. Deja que éstas les sean devueltas ahora a aquello que las produjo y que todavía puede valerse de ellas para salvarse de lo que inventó.

Hemos visto que el milagro recuerda nuestra atención, previamente dirigida al mundo y al cuerpo proyectados, hacia la mente correcta en la que ahora ponemos nuestra fe. Anteriormente, Jesús preguntó por qué le suplicamos a la única cosa en todo el universo que no lo sabe, que nos diga cuál es nuestra realidad (T-20.III.7). Exigimos que nuestros cerebros descubran quiénes somos, y por qué y cómo llegamos aquí. Sin embargo, el cuerpo fue hecho para no saber, la razón por la que el ego nos hace poner nuestra fe en el intelecto para que nos explique acerca de un ser que no existe.

Tenemos que traer nuestra fe de regreso a la mente donde pertenece, desde donde, de hecho, nunca se fue. Nuestra identificación con el cuerpo refleja la mente que sigue eligiendo al ego en lugar del Espíritu Santo, Quien espera pacientemente nuestro retorno a la cordura. Veremos en breve cómo Él usa el mundo para darle la vuelta al ego, transformando la percepción para que el mundo del especialismo se convierta en el medio de retorno a la mente que es la única que puede salvarnos.

(VI.3) Nadie puede pensar por separado, tal como Dios no piensa sin Su Hijo. Eso sería posible únicamente si los dos morasen en cuerpos. Tampoco podría ninguna mente pensar por separado a menos que el cuerpo fuese la mente. Pues únicamente los cuerpos pueden estar separados, y, por lo tanto, ser irreales. La morada de la demencia no puede ser la morada de la razón. Pero es fácil abandonar dicha morada si ves la razón. No puedes abandonar la demencia trasladándote a otro lugar. La abandonas simplemente aceptando la razón en el lugar que antes ocupaba la locura. La locura y la razón ven las mismas cosas,

pero es indudable que las contemplan de modo diferente.

La locura del ego nos hace creer que somos cuerpos – incluido Dios, aunque uno celestial – porque este da testimonio de la separación, al mismo

tiempo que protege a la mente de su ser tomador de decisiones, el cual

puede apagar la existencia del ego mediante la simple aceptación de la

razón del Espíritu Santo. Aunque el signo de la vida loca del cuerpo es su

separación de otros cuerpos, la mente permanece unida dentro sí misma –

en la verdad y en la ilusión. Reconociendo el dolor que nos trajo la locura

del ego, finalmente escogemos la razón para guiar nuestra vista. En consecuencia, la visión reemplaza la percepción falsa, y mientras que los

ojos del cuerpo continúan viendo diferencias, la mente corregida ve más

allá de ellas a la igualdad de la mente dividida del Hijo: mente errada, mente correcta, tomador de decisiones.

(VI.4:1-2) La locura es un ataque contra la razón que la expulsa de la mente, y ocupa su lugar. La razón no ataca, sino que, calladamente, ocupa el lugar de la locura y la reemplaza si los dementes deciden escucharla.

Jesús no derriba los muros de la mente, pero nos recuerda gentilmente que

hemos elegido mal y que podemos elegir de nuevo. Su razón nos dice que la

disociación de Dios y de nuestros hermanos es ilusoria, y la suya es la simple presencia que llama a nuestro ser tomador de decisiones para elegir

contra la locura del ego de separación y especialismo. Esta decisión por la

mentalidad-correcta permite una "serena fusión" (T-18.VI.14:6) de la ilusión en la verdad que deshace tanto el cuerpo como el ego.

(VI.4:3-5) Pero los dementes no conocen su propia voluntad, pues creen

ver el cuerpo, y permiten que su propia locura les diga que éste es real.

La razón sería incapaz de eso. Y si tú defiendes el cuerpo en contra de tu razón, no entenderás lo que es el cuerpo ni lo que eres tú.

Esta, por supuesto, es la clave para comprender la visión. ¿Cómo podemos

ver un cuerpo que no existe? Lo que "vemos" son simplemente las proyecciones mentales de separación y culpa. Como Jesús no nos pide lo

que no podemos aceptar, la razón quiere que primero perdonemos, no negando el cuerpo que nuestras mentes erradas perciben, sino al negar las

locas interpretaciones de especialismo y exclusión, juicio y ataque del ego.

Es importante, sin embargo, que al final no nos engañemos a nosotros mismos creyendo que somos cuerpos mirando a otros cuerpos.

(VI.5:1-6) El cuerpo no te separa de tu hermano, y si crees que lo hace estás loco. Pero la locura tiene un propósito, y cree también disponer de

los medios que lo pueden convertir en realidad. Ver el cuerpo como una

barrera que separa aquello que la razón te dice que no puede sino estar

unido, sólo puede ser una locura. Y no lo podrías ver de ese modo si escuchases la voz de la razón. ¿Qué puede haber que se interponga entre lo que es un continuo? Y si nada se interpone, ¿cómo se podría excluir de otras partes lo que pasa a formar parte de cualquiera de ellas?

A pesar del propósito del ego de limitar con el cuerpo (T-18.VIII.1:1-3), la

razón ve el reflejo de lo ilimitado. Nos recuerda que es la mente la que separa, no el cuerpo, y a través de la visión de Cristo vemos el propósito del

perdón que une a los separados Hijos de Dios. Reflejando el principio de

Expiación, el Espíritu Santo enseña que la locura no puede afectar la verdad, la separación no ha cambiado la perfecta unidad, y la percepción

del cuerpo separado no anula la visión continua de la razón de la mente.

Las relaciones especiales.

Dirigimos nuestra discusión ahora a las relaciones especiales. Si bien este no es el enfoque del capítulo, ni de los anteriores y siguientes, el tema está siempre presente, como lo está la mota de especialismo que permanece en nuestras mentes hasta que decidamos ver más allá de ella a la luz perdonadora de nuestra inocencia.

(III.1:1-3) Todas las relaciones especiales tienen como meta el pecado, pues son tratos que se hacen con la realidad, a la que la aparente unión se adapta. No te olvides de esto: hacer tratos es fijar límites, y no podrás sino odiar a cualquier hermano con el que tengas una relación parcial.

El límite en nuestras relaciones es que no amamos de verdad a los demás, a quienes ni siquiera conocemos, sino que simplemente amamos lo que podemos obtener de ellos. Odiamos en secreto, porque de acuerdo con la cuarta ley del caos del ego (T-23.II.9) la razón por la que necesitamos la inocencia de nuestros socios especiales es que primero nos la quitaron, y luego la escondieron. Para colmo de males, tenemos que pagar por lo que creemos que estamos tomando legítimamente. De ahí la crueldad del especialismo, y nunca es más insidioso en su odio que cuando parece ser amoroso e incluso espiritual, camuflando la querida creencia en el pecado y el ataque.

(III.1:4-5) Quizá trates de respetar el trato en nombre de lo que es “justo”, exigiendo a veces ser tú el que pague, aunque lo más frecuente es que se lo exijas a otro. Al hacer lo que es “justo”, pues, tratas de mitigar la culpabilidad que emana del propósito que aceptaste para la relación.

Un ejemplo de esto es buscar la atención o el amor de otro, a quien le pagaremos siendo solícitos y amables. Sin embargo, lo que estamos haciendo es regatear, no solo con el otro sino con nosotros mismos,

intentando demostrar nuestro amor y justicia, cuando todo lo que realmente hacemos es cometer un asesinato psicológico. Tratando de engañar a todos

- a nosotros mismos, a nuestros socios especiales y a todos los que nos ven

- intentamos aliviar la culpa por el pecado que es el "propósito que aceptamos para la relación", diciendo: "sí, obtengo algo de ti, pero mira lo

que recibes a cambio".

(III.1:6) Y por eso el Espíritu Santo tiene que cambiar su propósito para que sea de utilidad para Él e inofensiva para ti.

De nuevo vemos la prominencia del tema recurrente del propósito en nuestra sinfonía. El Espíritu Santo cambia el propósito de la relación del

pecado al perdón. No sabe nada del mundo ilusorio y por eso no busca cambiar sus formas. Más bien, nos enseña a identificarnos con la mente que

ha elegido hacerse daño, cambiando su objetivo para así ayudar al Hijo de

Dios a despertar desde sus sueños de especialismo a la Santidad que lo creó

como a Sí Mismo.

Llegamos ahora a un pasaje particularmente gráfico que describe la locura

de la relación especial, con Jesús burlándose gentilmente de lo que consideramos muy en serio. Comenzamos en medio de un párrafo donde

habla de "aquellos que se ven a sí mismos como impotentes", "los siniestros, los silenciosos y atemorizados, los que se encuentran solos e

incomunicados":

(VII.2:8) Son de verdad un ejército lamentable, cada uno de ellos tan capaz de atacar a su hermano o volverse contra sí mismo, como de recordar que una vez todos creyeron tener una causa común.

Jesús habla de las alianzas de una manera que parece profética en términos

de los asuntos mundiales contemporáneos. Pero realmente no es diferente

de lo que siempre ha ocurrido: las naciones cortejan aliados, pensando que

se están uniendo en una causa común; sin embargo, tan pronto como termina una batalla, fácilmente se vuelven contra sus amigos, un fenómeno

tristemente demostrado a lo largo de la historia. En estos pasajes,

Jesús

describe los vínculos de amor especial que se forjan a partir del odio hacia

los objetos especiales, individuales y colectivos. De hecho, todos nosotros

formamos camarillas en las que ciertos miembros de una familia, oficina,

religión o gobierno se unen en el especialismo, a lo que un pasaje posterior

se refiere como “un pacto condicional” (T-29.I.3:9).

Jesús continúa, usando al ejército como su imagen principal porque las relaciones especiales son fuerzas muy poderosas en nuestro mundo personal

e internacional:

(VII.3:1-2) Los siniestros dan la impresión de estar frenéticos, de ser vociferantes y fuertes. Mas no saben quién es su “enemigo”, sino sólo que lo odian.

No conocen al enemigo porque no conocen al Hijo de Dios. Sin embargo,

conocen el odio que aman, porque sólo desean deshacerse de su odio a sí

mismos (culpa). Si el Hijo de Dios es uno, reflejado en la visión de la igualdad ofrecida por Jesús, ¿cómo podemos reconocer a nuestro hermano

si continuamos haciéndolo a él diferente; siendo él el pecador y nosotros los

inocentes libres de pecado?

(VII.3:3-4) El odio los ha congregado, pero ellos no se han unido entre sí. Pues si lo hubieran hecho no serían capaces de abrigar odio.

No podemos unirnos verdaderamente con otro a menos que el vínculo sea el

amor, el cual es imposible a menos que abracemos a todas las personas,

todo el tiempo, sin excepción. Cuando formamos relaciones amorosas

basadas en el juicio y ataque, sabemos que el amor está ausente – son enemigos o aliados. En la verdadera unión, no puede haber exclusión o separación, sino solo un amor basado en la meta del perdón que es compartido por todos.

(VII.3:5-6) El ejército de los impotentes se desbanda en presencia de la fortaleza. Los que son fuertes son incapaces de traicionar porque no tienen necesidad de tener sueños de poder ni de exteriorizarlos.

Al hablar de fortaleza, Jesús habla de aquellos que son fuertes en Cristo,

porque se han identificado con la verdad de la Expiación del Espíritu Santo

y han rechazado la debilidad del sistema de pensamiento de separación del

ego, basada en una ilusión de fuerza: “Mira nuestro impresionante poder.

¡Destruimos a Dios con el poder de hacer un universo opuesto al Suyo!”

Estamos aprendiendo que esta valentía es realmente nada, ya que nos hemos separado del Amor de Dios, la única fuerza real que existe. A diferencia del ego, este poder del espíritu no busca dominar ni imponer su

voluntad a nadie. El amor es fuerte porque es unificado e indivisible, su fuerza reside en la unidad indiferenciada.

(VII.3:7-14) ¿De qué manera puede actuar un ejército en sueños? De cualquier manera. Podría versele atacando a cualquiera con cualquier cosa. Los sueños son completamente irracionales. En ellos, una flor se puede convertir en una lanza envenenada, un niño en un gigante y un ratón puede rugir como un león. Y con la misma facilidad el amor puede trocarse en odio. Esto no es un ejército, sino una casa de locos. Lo que parece ser un ataque concertado no es más que un pandemónium.

Una vez más, Jesús establece paralelismos entre los sueños dormidos y los

sueños despiertos de nuestras vidas, apuntando a la estupidez de los poderosos ejércitos del mundo. Lo que parecen ser los planes de ataques del

ego – las estrategias de guerra – son en realidad un caos de odio, motivado

por la desesperada necesidad de preservar el ego, proyectando la culpa de la

mente. La imagen del ratón rugiente, que representa el absurdo ego, volverá

en el próximo capítulo.

(VII.4:1-4) El ejército de los impotentes es en verdad débil. No tiene armas ni enemigo. Puede ciertamente invadir el mundo y buscar un enemigo. Pero jamás podrá encontrar lo que no existe.

Debido a que el enemigo está adentro (la culpa del ego), necesitamos desesperadamente encontrar enemigos afuera. Nosotros – individuos, grupos, gobiernos – debemos culpar a otros por nuestra infelicidad para que

nunca miremos la verdadera razón por la que nuestras vidas han salido mal:

el haber ejercido indebidamente el poder de la mente en favor del ego en

lugar del Espíritu Santo. Este es el único problema. Obligado por la locura

asesina del ego, buscamos enemigos afuera pero nunca los encontramos.

Como dijo el pequeño y sabio Pogo: el enemigo somos nosotros. La decisión de la mente por la culpa es el enemigo, e incluso esta es irreal porque simplemente nos hemos engañado a nosotros mismos en creer que

las ilusiones de separación y ataque del ego son verdaderas.

(VII.4:5) Puede ciertamente soñar que encontró un enemigo, pero éste cambia incluso mientras lo está atacando, de modo que corre de inmediato a buscarse otro, y nunca consigue cantar victoria.

Tan pronto como ganemos una batalla, la culpa nos dice que el enemigo se

levantará contra nosotros. Si bien esto puede de hecho suceder, realmente

no importa porque creemos que sucederá, de la misma manera en que compartimos la creencia ontológica de que atacar a Dios significaba que Él

nos atacaría a cambio. Como resultado de esta dinámica de la culpa exigiendo castigo, nunca podremos descansar porque a pesar de que fuimos

victoriosos hoy, el enemigo asesinado – el objeto de nuestro especialismo –

seguramente regresará mañana. Para defendernos de este contraataque,

necesitamos reunir más aliados para librar guerras que nunca se podrán

ganar, porque el enemigo invisible de la culpa de la mente siempre emergerá de las entrañas de la mente para triunfar de nuevo.

(VII.4:6-7) Y a medida que corre se vuelve contra sí mismo, pensando que tuvo un pequeño atisbo del gran enemigo que siempre elude su ataque asesino convirtiéndose en alguna otra cosa. ¡Cuán traicionero parece ser ese enemigo, que cambia tanto que ni siquiera es posible reconocerlo!

Tan pronto como nos adentramos en el enemigo real que es la culpa, la proyectamos con la misma rapidez. La culpa es tan aterradora, que nunca

podremos quedarnos con ella. No solo eso, la proyección nunca descansa:

en un momento la culpa de nuestra mente recae en esta persona, y al momento siguiente en otra. Sus formas son legión, y al ego no le importa

sobre quién se proyecta siempre que haya un objeto que sirva de depósito

de su odio a sí mismo. Este es el propósito del mundo, mientras continuamos:

(VII.5:1-3) El odio, no obstante, tiene que tener un blanco. No se puede tener fe en el pecado sin un enemigo. ¿Quién, que crea en el pecado, podría atreverse a creer que no tiene enemigos?

“El odio es algo concreto” (L-pl.161.7:1). Debe ser así si queremos satisfacer nuestra necesidad de escapar del horror de la culpa de la mente.

El ego nos dice primero que la separación y el pecado están entrelazados, y

luego nos aconseja: "mantén la separación, pero proyecta el pecado sobre

cualquier objetivo externo disponible". Sumisos como siempre a sus dictados, mantenemos la identidad separada que le robamos a Dios y arrojamos lejos el pecado concomitante. Nuestra creencia en el pecado debe

conducir a la creencia en enemigos, por lo cual, la necesidad de juzgar, criticar y encontrar la culpa es tan adictiva.

(VII.5:4-5) ¿Podría admitir que nadie lo hizo sentirse impotente? La razón seguramente le diría que dejase de buscar lo que no puede ser hallado.

Si admitiéramos que nadie nos hizo impotentes, la culpa permanecería dentro – una situación intolerable. Es imperativo entender que la necesidad

de proyectar la culpa que hicimos real en la mente es lo que literalmente

fabricó este mundo macrocósmicamente y continúa sosteniéndolo microcósmicamente. Nosotros preferimos en gran medida lidiar con enemigos externos que, con el interno, el cual creemos que nos destruiría en

un instante. Al menos tenemos la oportunidad de luchar por sobrevivir cuando libramos la guerra contra el campo de batalla de las relaciones especiales que es el mundo, ya que hace mucho que dominamos el arte de la

seducción, la manipulación y el ataque para conseguir lo que queremos. De

ello se deduce, entonces, que el ego evitaría la razón del Espíritu Santo ya

que marca el final del especialismo al decirnos que como no hay problema

fuera, y el problema interno no existe en absoluto.

El poder de la mente – II

De nuevo somos llevados al poder de la mente para elegir, y reanudamos la

discusión sobre "La última pregunta que queda por contestar".

Comenzamos con una descripción de lo que realmente implica elegir a Jesús.

(VII.12:1-4) ¿Por qué crees que no estás seguro de que las otras preguntas hayan sido contestadas? ¿Sería acaso necesario plantearlas con tanta frecuencia si ya se hubiesen contestado? Hasta que no se haya

tomado la decisión final, la respuesta será a la vez un "sí" y un "no".

Pues has contestado "sí" sin darte cuenta de que "sí" tiene que significar "que no has dicho no". Nota del traductor: [tiene que significar "que has dicho no al no"]

En Un Curso de Milagros, todo lo que es positivo – perdón, sanidad, salvación, Expiación, milagro – tiene su significado en la capacidad de negar lo negativo, deshaciendo nuestra creencia en la ilusión. Lo único verdaderamente positivo es Dios, que está más allá de cualquier cosa que

este curso pueda enseñar. El perdón y todas las demás funciones de

mentalidad-correcta, implican mirar el sistema de pensamiento del ego, la negación de Dios que es el segundo "no" en "no al no". Miramos lo negativo que habíamos elegido una vez y ahora decidimos que no lo queremos. Esto es el no en "no al no": mirar el "no" del ego a Dios y decirle "no".

Se nos enseña que todavía no reconocemos que decir "sí" a Jesús significa mirar al ego y decirle este "no". El problema con la mayoría de las espiritualidades es que sus adherentes no reconocen que la elección en favor de Dios significa eliminar la interferencia a recordarlo. Habiendo negado Su Amor, debemos negar nuestra negación, lo cual es el medio para trasladar las ilusiones pasadas a la verdad. De otra manera, nuestra culpa permanece inconsciente, solo para aflorar una y otra y otra vez. Este es el significado detrás de estas anteriores palabras de Jesús para nosotros: "No confíes en tus buenas intenciones, pues tener buenas intenciones no es suficiente" (T18.IV.2:1-2). Debemos confiar en nuestra buena voluntad (T-18.IV.2:3) para mirar con Jesús al ego sin culpa ni juicio, recordando reírnos de su estupidez – la forma más suave y eficaz de deshacer el ego para siempre.

(VII.12:5) Nadie decide en contra de su propia felicidad, pero puede hacerlo si no se da cuenta de que eso es lo que está haciendo. El mundo es testigo de nuestra incapacidad para darnos cuenta de que hemos elegido en contra de nuestra felicidad, la cual sólo puede ser encontrada eligiendo la Expiación del Espíritu Santo como la corrección para el sistema de pensamiento del ego. Jesús nos pide incesantemente que veamos la loca creencia de que el especialismo nos traerá la felicidad que queremos y busquemos, instándonos a tomar la decisión gozosa por la felicidad que durará por toda la eternidad: (VII.12:6) Y si él ve su felicidad como algo que cambia constantemente,

es decir, ahora es esto, luego otra cosa, y más tarde una sombra elusiva que no está vinculada a nada, no podrá sino decidir en contra de ella. En otras palabras, la decisión en favor de Dios es la decisión por lo inmutable, a diferencia de la contes-tación a las primeras tres preguntas que nos hacen ver que hemos elegido el mundo de la victimización, pero que nuestras mentes pueden cambiar. Cuando deseamos sólo la verdad y decidimos contra la culpa de la mente, ésta desaparece y la verdadera felicidad es nuestra y nunca se irá.

(VII.13:5-8) El poder del deseo del Hijo de Dios sigue siendo la prueba de que todo aquel que se considera a sí mismo impotente está equivocado. Desea lo que quieres, y eso será lo que contem-plarás y creerás que es real. No hay un solo pensamiento que esté desprovisto del poder de liberar o de matar. Ni ninguno que pueda abandonar la mente del pensador, o dejar de tener efectos sobre él. Como Jesús enseña constantemente, nuestros pensamientos dentro del sueño tienen efectos tremendos. En el Cielo ellos no tienen ninguno porque no existen. Sin embargo, mientras permanezcamos dormidos, nuestros pensamientos son todopoderosos porque creemos que pueden abandonar su fuente, la loca creencia que conserva la mentira original de la separación.

Este tema del poder de la mente continúa al comienzo de la siguiente sección, “El cambio interno”:

(VIII.1:1-2) ¿Son, entonces, peligrosos los pensamientos? ¡Para los cuerpos sí!

Nuestros pensamientos no son peligrosos para Dios, ni para nuestra mente correcta, porque están fuera de la verdad y no existen. Sin embargo, siempre que creamos que somos cuerpos – que las ideas sí abandonan su fuente – los pensamientos de culpa se vuelven peligrosos. Por ejemplo, tenemos pensamientos de juicio y de repente los sentimos en nuestros cuerpos y enfermamos, o pensamos que hemos lastimado a otros que en represalia (la culpa exige castigo) nos causarán dolor y malestar.

(VIII.1:3-4) Los pensamientos que parecen destruir son aquellos que le enseñan al pensador que él puede ser destruido. Y así, “muere” por razón de lo que aprendió.

El tema aquí es nuestra vida y muerte físicas. Los pensamientos que parecen asesinar nos enseñan que podemos ser asesinados en el cuerpo

porque el asesinato es real. Nuestros egos, habiendo establecido el principio

de uno u otro, también lo han hecho real para nosotros. Esto significa que

destruimos nuestra Fuen-te, la Cual está justificada a tomar nuestra vida a

cambio. Nuestros sueños de cuerpos dan fe de que Él así lo hizo, porque

representamos físicamente (forma) lo que primero hicimos real en nuestras

mentes (contenido).

(VIII.1:5) Pasa de la vida a la muerte, la prueba final de que valoró lo efímero más que lo constante.

No hay cambio en el Cielo ni en el Espíritu Santo, pero hay un gran cambio

en el mundo del ego. Los cuerpos y las formas cambian porque provienen

del pensamiento del cambio: la sustitución del Hijo de la creación errónea,

separada y siempre cambiante en lugar de nuestra realidad como el Hijo

inmutable que Dios creó como uno con Él. Para asegurar la existencia perpetua de este yo separado, abrazamos lo efímero e inconstante, evitando

lo eterno e inmutable.

(VIII.1:6-7) Seguramente creyó que quería la felicidad. Mas no la deseó porque la felicidad es la verdad, y, por lo tanto, tiene que ser constante.

No queremos lo constante porque nuestra existencia se basa en lo inconstante, la prueba de que la realidad cambia y que nosotros somos esa

realidad – tal vez seamos infelices, pero, sin embargo, existimos y, por lo

tanto, tenemos razón acerca de nuestra creencia en la separación (T29.VII.1:9). No hace falta decir, entonces, que la última pregunta debe

permanecer sin contestar si nuestros egos han de sobrevivir.

(VIII.3:1) La razón te dirá que no puedes pedir felicidad de manera inconsistente.

La felicidad debe ser constante. No puede ser que seamos felices sólo cuando se satisfacen nuestras necesidades, cuando el sol del ego está brillando. Inevitablemente llega el día en que otros no satisfacen nuestra

insaciable necesidad de especialismo, haciéndonos infelices. El sol no siempre brilla, literal o figuradamente, y si no lo hace, nuestra felicidad momentánea no era verdad.

(VIII.3:2) Pues si lo que desees se te concede, y la felicidad es constante,

entonces no necesitas pedirla más que una sola vez para gozar de ella eternamente.

Si no somos felices, es porque elegimos en contra de la felicidad, no porque

nuestro mundo especial no cumplió con nuestras necesidades. Es nuestra

mente tomadora de decisiones la que nos falló, y solo ella puede traernos la

felicidad que buscamos. La felicidad, como Jesús, llega “en respuesta a toda

llamada inequívoca” (T-4.III.7:10): la nuestra.

(VIII.3:4-6) Pues nadie deja de pedir lo que desea a lo que cree que tiene la capacidad de concedér-selo. Tal vez esté equivocado con respecto a lo que pide, dónde lo pide y a qué se lo pide. No obstante, pedirá porque desear algo es una solicitud, una petición, hecha por alguien a quien Dios Mismo nunca dejaría de responder.

No pedimos ayuda a alguien que no creemos que pueda darnos lo que queremos. Pedimos la ayuda del ego porque tiene el poder de otorgarnos la

existencia, protegida por el regalo del miedo y el conflicto del mundo. Dicho esto, una parte de nosotros sabe que, si le pedimos al Espíritu Santo,

Él nos concederá la paz y la felicidad que realmente queremos. El ego divide (disocia) ambas partes, dejándonos con nuestros deseos mutuamente

excluyentes: uno que quiere la verdad que nos devolverá al hogar que nunca

abandonamos; el otro deseando la ilusión del destierro eterno.

Elegimos

este último porque no deseamos volver a la unidad, prefiriendo en cambio

ser nuestro propio Dios y vivir en nuestro mundo especial. El Espíritu Santo, por otro lado, deshace la disociación y responde al verdadero deseo

de nuestro corazón con perdón y amor.

(VIII.4) Tú que completas la Voluntad de Dios y eres Su felicidad; tú cuya voluntad es tan poderosa como la Suya, la cual es un poder que no

puedes perder ni en tus ilusiones, piensa detenidamente por qué razón no has decidido todavía cómo vas a contestar la última pregunta. Tu respuesta a las otras te ha ayudado a estar parcialmente cuerdo. Es la última, no obstante, la que realmente pregunta si estás dispuesto a estar

completamente cuerdo.

Jesús describe la situación en la que se encuentran la mayoría de los estudiantes del Curso, que ya no quieren el sistema del ego, pero tiene miedo de dejarlo ir. Aquí es donde el dolor parece más insoportable, porque

sabemos lo que estamos haciendo y ya no podemos culpar a los demás. En

efecto, hemos llegado al punto medio de nuestro viaje: no podemos volver

al ego porque reconocemos su locura, pero tememos completar el viaje a la

cordura que pondrá fin a nuestro especialismo. Aquí es cuando se vuelve

tentador tener el pastel de nuestro ego y comérselo también. Por ejemplo,

llevamos la verdad a la ilusión y buscamos salvar el mundo, haciéndolo realidad en nuestra percepción y un objeto de la salvación. Creemos que es

nuestra función impartir Un Curso de Milagros a los no-creyentes, en lugar

de enseñárselo a la única persona que existe en nuestro sueño: el ser

tomador de decisiones. Caemos presa de estas tentaciones porque tememos

el mensaje de Jesús de liberarnos del ego de una vez por todas, y no respondemos verdadera-mente a la última pregunta, la cual significa decirle

"sí" a él, o sea "no al no" del ego.

(VIII.5) ¿Qué es el instante santo, sino el llamamiento de Dios a que reconozcas lo que Él te ha dado? He aquí el gran llamamiento a la razón; a la conciencia de lo que siempre está ahí a la vista; a la felicidad

que podría ser siempre tuya. He aquí la paz constante que podrías experimentar siempre. He aquí revelado ante ti lo que la negación ha negado. Pues aquí la última pregunta ya está contestada, y lo que pides, concedido. Aquí el futuro es ahora, pues el tiempo es impotente ante tu deseo de lo que nunca ha de cambiar. Pues has pedido que nada

se interponga entre la santidad de tu relación y tu conciencia de esa realidad.

En el instante santo finalmente decimos y significamos: "No quiero la ofrenda del mundo, sino que quiero aprender la lección de que no solo el

mundo no me está haciendo daño, yo tampoco le he hecho daño". Para realmente aprender esta lección sobre la naturaleza ilusoria de los mundos

interior y exterior de separación del ego, necesitamos vivir bajo el principio

del perdón, mirando al ego a través de los ojos de la razón. Este es el regalo

de felicidad de la visión que nos recuerda la santidad que tenemos y somos;

una felicidad que el ego no puede cambiar o destruir. Conocer esta verdad

es el significado de nuestra aceptación de la Expia-ción, la bienvenida a la

salvación donde nuestro "no al no" se convierte en un "sí" que resuena suavemente.

El camino real.

Este importante párrafo explica cómo se vive en el mundo como estudiante

de Un Curso de Milagros:

(In.2:1-3) La condenación es un juicio que emites acerca de ti mismo, y eso es lo que proyectas sobre el mundo. Si lo ves como algo condenado,

lo único que verás es lo que tú has hecho para herir al Hijo de Dios. Si contemplas desastres y catástrofes, es que has tratado de crucificarlo. Condenar a otros por las cosas terribles que hacen es una proyección de

nuestra auto-condenación y nos revela la creencia de que crucificamos a

Cristo, el único Hijo de Dios. Las percepciones externas de desastres y catástrofes reflejan el holocausto del pecado y el asesinato en nuestras mentes delirantes. Necesitamos recordar que la percepción no se ocupa de

hechos físicos, sino solo de nuestra interpretación de esos hechos. La percepción es siempre y únicamente fabricada por la proyección.

(In.2:4-6) Si ves santidad y esperanza, es que te has unido a la Voluntad

de Dios para liberarlo. Éstas son las únicas alternativas que tienes ante ti. Y lo que veas dará testimonio de tu elección y te permitirá reconocer

cuál de ellas elegiste.

El problema es que una vez que olvidamos que fabricamos el mundo, ya no

somos conscientes de la mente y su poder para elegir la razón o la locura.

Esta decisión de olvidar nos condena a la prisión sin mente del cuerpo. La

corrección, entonces, no es más que recordar la mente, lo que significa que

cuando decidimos volver a casa con Jesús, el viaje es mirar el mundo de

otra manera, como la "imagen externa de una condición interna"

(T21.in.1:5). El universo fenoménico sirve entonces, para usar la feliz frase de

Freud, como el "camino real" que nos lleva desde el mundo hacia la mente.

Esto se vuelve de vital importancia porque sin él, no habría forma de saber

que tenemos una mente que puede elegir.

Esto aclara que le pedimos ayuda a Jesús no para cambiar el mundo, sino simplemente para mirarlo a través de sus ojos: visión, no juicio. Nos instruye que lo que percibimos es el testimonio de lo que nuestra mente ha decidido. La percepción, una vez más, es interpretación. Si hacemos realidad la decadencia, la destrucción y la muerte, reaccionando a lo que ven nuestros ojos, es que hemos elegido el ego; sin embargo, si percibimos expresiones de amor o peticiones de amor, sin importar la forma, sabemos que hemos elegido a Jesús para que nos guíe. El cambio en los maestros de la mente se refleja en un cambio en la forma en que entendemos el propósito y el valor del mundo: especialismo o salvación. (In.2:7-8) El mundo que ves tan sólo te muestra cuánta dicha te has permitido ver en ti y aceptar como tuya. Y si ese es su significado, el poder de dar dicha tiene entonces que encontrarse en ti. Estos dos párrafos de la introducción al Capítulo 21 se basan en el fundamento metafísico del Curso de que el mundo es una ilusión, literalmente una proyección del pensamiento. El Espíritu Santo usa el mundo ilusorio para invertir la proyección, devolviendo nuestra atención a la mente que buscamos abandonar. Esto nos permite reconocer que lo que experimentamos afuera es la decisión proyectada de la mente. Tal entendimiento nos brinda la oportunidad de tomar la decisión correcta. Cuanto más aplicamos este principio de perdón a nuestra vida cotidiana, el significado de la razón, más entenderemos el poder de la visión para hacer gozosas todas nuestras relaciones, al convertirlas en santas. Razón y perdón: la visión de la relación santa. (III.6:1) El Espíritu Santo puede valerse de todos los medios que tú has empleado para ir en pos del pecado. Esto se refiere a nuestras relaciones especiales, los medios a través de los

cuales buscamos demostrar que el pecado es real encontrándolo a nuestro alrededor. Nos hemos convertido en expertos en la detección de fallas y en hacer juicios, pero con un diferente Maestro, podemos usar esta misma experiencia para encontrar solo peticiones de amor, respondidas por nuestra indefensa bondad. Si realmente buscamos estas peticiones, seguramente las encontraremos a ellas y nada más.

(III.6:2-4) Pero tal como Él se vale de ellos te alejan del pecado, porque Su propósito apunta en dirección contraria. Él ve los medios que empleas, pero no el propósito para el que los inventaste. Su intención no es quitártelos, pues reconoce su valor y los ve como un medio de alcanzar lo que Él dispone para ti.

Una y otra vez, Jesús vuelve al importantísimo leitmotiv del propósito, la

idea de que el Espíritu Santo no nos quita nuestras relaciones especiales,

sino que las transforma cambiando el para qué sirven. Nosotros sabemos

que el ego habla primero, habiendo inventado la separación y el mundo del

especialismo, y el Espíritu Santo es la respuesta amorosa. Recuerda: El cuerpo no es el fruto del amor. Aun así, el amor no lo condena y puede emplearlo amorosa-mente, respetando lo que el Hijo de Dios engendró y utilizándolo para salvar al Hijo de sus propias ilusiones.

(T-18.IV.6:7-8)

En sus suaves manos nuestra experiencia corporal se convierte en el "camino real" que conduce a la mente para la cual el mundo fue fabricado

para ocultarla. La esperanza genuina se encuentra por fin dentro de la capacidad de la mente para cambiar el propósito del mundo del pecado a la santidad.

(III.6:5-7) Inventaste la percepción a fin de poder elegir entre tus hermanos e ir en busca del pecado con ellos. El Espíritu Santo ve la percepción como un medio de enseñarte que la visión de la relación santa es lo único que deseas ver. Pues entonces depositarás toda tu fe en

la santidad, al desearla y creer en ella por razón de tu deseo. Retiramos la fe del ego porque reconocemos su propósito. El mundo no nos ha hecho miserables; nosotros nos lo hicimos. Cuando comenzamos a ver la locura del ego, la verdadera alegría impregna nuestro trabajo con el Curso. Hasta ahora, la esperanza residía en la creencia engañosa de que podíamos cambiar el mundo y hacer que nuestras vidas mejorasen. La razón nos pregunta por qué querríamos mejorar un infierno. Como Jesús le dijo a Helen en las primeras de semanas de la escritura: "Lo que se hace con un desierto es abandonarlo" (Ausencia de Felicidad, p. 262). No te pongas a plantar ni a regar flores bonitas. ¡Abandónalo! Asimismo, no buscamos cambiar lo externo, ya que eso solo solidifica la creencia de que hay un mundo ahí fuera. Partimos llevando el desierto exterior a la aridez del sistema de pensamiento de la mente de separación. Cuando cambiamos nuestra decisión, las percepciones cambian a la visión de Jesús, de amor o de peticiones de amor. Se deshacen los juicios de dolor, sufrimiento y muerte en la curación que reemplaza la creencia en las diferencias con la fe en la igualdad de los Hijos de Dios: una Mente unificada en el Cielo, una mente dividida en la separación. El siguiente pasaje, entre muchos otros, define este proceso de curación como deshacer, el significado del perdón: (II.7:1-2) El Espíritu Santo puede hacer que tengas fe en la santidad, y darte visión para que la puedas ver fácilmente. Mas no has dejado libre y despejado el altar donde a estos dones les corresponde estar. El "altar" es el tomador de decisiones de la mente. La visión del Espíritu Santo está presente allí, pero elegimos contra Él cuando ponemos nuestra fe en el ego. Para todos los efectos, esto hizo que Su visión quede nula y sin

efecto; como inexistente, porque elegimos la visión del ego en su lugar.

Este error permanecerá hasta que lo deshagamos cambiando nuestras mentes.

(II.7:3-5) Y donde ellos debieran estar, has colocado tus ídolos, los cuales has consagrado a otra cosa. A esa otra "voluntad" que parece decirte lo que ha de ocurrir, le confieres realidad. Por lo tanto, aquello que te demostraría lo contrario no puede por menos que parecerte irreal.

Los "ídolos" son nuestros sustitutos especiales de Dios, mientras que la otra

"voluntad" es el ego, que parece ejercer poder sobre nosotros. En lugar de

decir "el diablo me obligó a hacerlo", los estudiantes de Un Curso de Milagros a veces dicen, como si el ego no fuera su elección, "No es mi culpa. El ego me obligó a hacerlo". De hecho, nosotros – el ser tomador de

decisiones – le damos al ego su realidad y convertimos la visión de la santidad del Espíritu Santo en un mito, y Su regalo de libertad y curación en una maldición.

(II.7:6-8) Lo único que se te pide es que le hagas sitio a la verdad. No se

te pide que inventes o que hagas lo que está más allá de tu entendimiento. Lo único que se te pide es que dejes entrar a la verdad, ceses de interferir en lo que ha de acontecer de por sí y que reconozcas

nuevamente la presencia de lo que creíste haber desechado.

Dejamos entrar a la verdad mirando la ilusión y diciendo que ya no la queremos – no al no. Hacemos más que simplemente decir "sí" a la verdad,

también nos alejamos activamente de la ilusión. Mirar al ego con Jesús nos

ayuda a comprender que el mundo es su espejo y que ahora elegimos contra

su locura. Él nos enseña a reconocer que la inocencia de Cristo, que creíamos haber regalado, ha permanecido dentro de nuestras mentes.

Ha

esperado durante mucho tiempo nuestra decisión de volver a la tranquila

verdad de su amor mientras renunciamos al ego y a su sistema de pensamiento de culpa y juicio.

(II.8:1-2) Accede, aunque sea por un instante, a dejar tus altares libres de lo que habías depositado en ellos, y no podrás sino ver lo que realmente se encuentra allí. El instante santo no es un instante de creación, sino de reconocimiento.

El instante santo no es la realidad, sino el reconocimiento de que nuestra

felicidad radica en elegirlo. En el pasado elegimos apartar la mirada de la

verdad de nuestra igualdad y ver solo ilusiones de separación y especialismo. Sin embargo, nuestro perdón ha despejado el altar de la mente

para aceptar la santidad que ya está allí, en nosotros y en todos los Hijos de

Dios.

(II.8:3-4) Pues el reconocimiento procede de la visión y de la suspensión

de todo juicio. Sólo entonces es posible mirar dentro de uno mismo y ver lo que no puede sino estar allí, claramente a la vista y completamente independiente de cualquier interferencia o juicio.

No es que elegimos la visión, sino que elegimos contra el juicio. Esto es importante, no solo en la teoría, sino también en la práctica. De lo contrario,

nos engañaremos pensando que hemos abandonado el ego, cuando todo lo

que hicimos fue ocultarlo. Es esencial que miremos el sistema de pensamiento del ego, como Jesús continuamente nos insta a hacer, para que

podamos ver que no es nuestro odio per se el problema, sino la decisión de

la mente por él. Cuando miramos esta decisión contra Dios con los ojos abiertos, sin inversión ni juicio, nuestro odio desaparece suavemente y permite que el amor sea él mismo.

(II.8:5-6) Deshacer no es tu función, pero sí depende de ti el que le des la bienvenida o no. La fe y el deseo van de la mano, pues todo el mundo

cree en lo que desea.

Este es el poder de nuestra fe, dar la bienvenida a la verdad o excluirla de la

conciencia. Si deseamos la separación, pondremos nuestra fe en ella y creeremos que es verdad, haciendo un mundo que sea testigo de su aparente

realidad. Por otro lado, si deseamos que la Expiación deshaga la separación,

veremos el mundo como el instrumento que nos ayuda a lograr ese objetivo.

Nuestra función no es deshacer el ego, sino simplemente mirarlo con Jesús,

aprender a sonreír y no tomar en serio nuestros pensamientos de juicios. No

negamos estos pensamientos, sino que no les damos poder para afectar

nuestra paz a través de la culpa o al tratar de justificar el ataque. De esta

manera, la fuente del ataque, arraigada en la creencia de la mente en el

pecado, se deshace:

(II.13) Mas la verdad es que tanto tú como él fuisteis creados por un Padre amoroso, que os creó juntos y como uno solo. Ve lo que “prueba” lo contrario, y estarás negando toda tu realidad. Reconoce en cambio que fuiste tú quien fabricó todo lo que aparentemente se interpone entre tú y tu hermano y os mantiene separado a uno del otro, y a los dos de vuestro Padre, y tu instante de liberación habrá llegado. Todos los efectos de eso que hiciste desaparecerán porque su fuente se habrá

puesto al descubierto. La aparente autonomía de su fuente es lo que te mantiene prisionero. Ése es el mismo error que pensar que eres independiente de la Fuente mediante la cual fuiste creado, y que nunca

has abandonado.

Lo que mantiene intacto al ego no es el ego en sí mismo, porque ¿cómo la

nada puede afectar a nada, y mucho menos a la Totalidad? Es solo nuestra

creencia en el ego lo que lo sostiene y lo que protege la fe en la existencia

del ego es la represión y la proyección; y para fabricar el cuerpo sin mente,

el ego mantiene su impotencia oculta. Sin embargo, cuando miramos el mundo proyectado con Jesús, lo que nos lleva de regreso a la mente, se expone el secreto del ego, al igual que el poder de decisión de la mente.

Vista claramente ahora la decisión en favor de la Expiación en lugar de la separación es fácil de tomar. Una vez que la idea del ego es vista como si no abandonara su fuente, el mundo desaparece, la mente se libera para elegir

de nuevo, y el Hijo no separado sigue siendo Su verdadero Hijo.

(IV.4:1-2) Tu liberación no es aún total: todavía es parcial e incompleta, aunque ya ha despuntado en ti. Al no estar completamente loco, has estado dispuesto a contemplar una gran parte de tu demencia y a reconocer su locura.

Aquí nuevamente, Jesús nos hace saber que sabe que aún no hemos terminado. Puede que no estemos completamente locos, pero tampoco estamos completamente cuerdos. Vimos antes que el bebé de Belén ha renacido en nosotros, y que la salvación es como un bebé que necesita ser

criado y alimentado (T-19.IV-C.10:7-9). Esto representa el comienzo del proceso de mirar sin juzgar la locura del ego, el precursor de la plena aceptación de nuestra cordura y de la Expiación.

(IV.4:3-9) Tu fe está comenzando a interiorizarse más allá de la demencia hacia la razón. Y lo que tu razón te dice ahora, el ego no lo quiere oír. El propósito del Espíritu Santo fue aceptado por aquella parte de tu mente que el ego no conoce y que tú tampoco conocías.

Sin

embargo, esa parte, con la que ahora te identificas, no teme mirarse a sí

misma. No conoce el pecado. ¿De qué otra forma, si no, habría estado dispuesta a considerar el propósito del Espíritu Santo como suyo propio?

El ego no quiere que escuchemos que la separación nunca ocurrió, porque

eso significaría su deshacimiento. En verdad, el ego no sabe que hay una

mente correcta, pero reconoce la amenaza que significaría que la mente recupere su poder y elija en su contra. Al elegir cada vez más los ojos de

Jesús en lugar de los nuestros, la razón en lugar de la locura, aceptamos la visión sanadora de Cristo que reconoce la inherente impecabilidad del Hijo de Dios, que nos incluye a todos.

(IV.5:1-2) Esta parte ha visto a tu hermano y lo ha reconocido perfectamente desde los orígenes el tiempo. Y no ha deseado más que unirse a él y ser libre nuevamente, como una vez lo fue.

La parte de la que habla Jesús es la mente correcta (el Niño descrito en la

Lección 182), que dice: "Yo ya no quiero el ego. Puede que no esté dispuesto a dejarlo por completo, pero sé que no lo quiero. Y aunque tampoco estoy listo para aceptar la unidad de la Filiación, no deseo atacar a

mi hermano y preservar las percepciones de separación del ego".

(IV.5:3-6) Ha estado esperando el nacimiento de la libertad, la aceptación de la liberación que te espera. Y ahora reconoces que no fue

el ego el que se unió al propósito del Espíritu Santo, y, por lo tanto, que tuvo que haber sido otra cosa. No creas que esto es una locura, pues es

lo que te dice la razón y se deduce perfectamente de lo que ya has aprendido.

La "otra cosa" es el tomador de decisiones de la mente que elige mirar al

ego, diciendo ahora que solo quiere la mente correcta. Reconoce la locura

inherente del ego y la verdad de la razón del Espíritu Santo, que ahora elige

como guía para la libertad y la liberación de la culpa.

(IV.6:3-8) Has percibido la locura del ego, y no te ha dado miedo porque elegiste no compartirla. Pero aún te engaña a veces. No obstante, en tus momentos más lúcidos, sus desvaríos no producen ningún terror en tu corazón. Pues te has dado cuenta de que no quieres

los regalos que el ego te quitaría de rabia por tu "presuntuoso" deseo

de querer mirar adentro. Todavía quedan unas cuantas baratijas que parecen titilar y llamarte la atención. No obstante, ya no “venderías” el Cielo por ellas.

Este pasaje subraya un tema importante de nuestra sinfonía: el ego en sí no

es la fuente de nuestro malestar, porque es sólo la creencia de la mente en él

lo que le proporciona su "poder". Cuando damos un paso atrás con Jesús y

vedmos los desvaríos del ego, sonreímos ante su tontería, por no hablar de

las nuestras por haber creído en él. Si bien todavía podemos sentir la tentación de escuchar sus estridentes llamadas del especialismo, por otra

parte, nos hemos vuelto más cuerdos. Al ya no desear hacer un pacto con

nuestro diablo por unas miserables baratijas, elegimos en cambio los tesoros

del Cielo. Hemos ido hacia adentro y hemos mirado al ego en el rostro, viendo más allá de él, el rostro resplandeciente de Cristo que es el símbolo

del inocente Hijo de Dios.

(IV.7:1) Y ahora el ego tiene miedo.

Esto aparece en la mitad de la sección con la que comenzamos, "El miedo a

mirar adentro". Compren-demos que el miedo del ego es que miremos dentro de la mente y veamos que no hay nada allí, excepto la Expiación, la

impecabilidad del Hijo. El perdón es la clave, porque implica pedir la ayuda

de Jesús para cambiar nuestra percepción de las relaciones, permitiéndonos

ver que el pecado que percibimos fuera es un reflejo del pecado que hicimos real dentro. Ahora miramos hacia adentro y decidimos que ya no

queremos el contenido de la mentalidad-errada del pecado y del miedo,

porque elegir el ego no nos hacía felices. Sin embargo, reconocer la locura

de nuestro especialismo hace que la parte ego de nosotros, a la que le gusta

su identidad separada, tenga miedo.

(IV.7:2-7) Mas lo que él oye aterrorizado, la otra parte de la mente lo oye como la más dulce melodía: el canto que añoraba oír desde que el ego se presentó en tu mente por primera vez. La debilidad del ego es su

fortaleza. El himno de la libertad, el cual se canta en alabanza de otro mundo, le brinda esperanzas de paz. Pues recuerda al Cielo, y ve ahora que el Cielo por fin ha descendido a la tierra, de donde el dominio del ego lo había mantenido alejado por tanto tiempo. El Cielo ha llegado porque encontró un hogar en tu relación en la tierra. Y la tierra no puede retener por más tiempo lo que se le ha dado al Cielo como suyo propio.

El Cielo desciende a la tierra a través del reflejo de su Unidad cuando nos

damos cuenta de que todos compartimos la misma necesidad, siendo iguales

en locura y cordura. El cambio de la mente de las relaciones especiales a las

santas es el "heraldo de la eternidad" (T-20.V.1:6), haciendo alusión a la

canción olvidada (T-21.I) de la cual el Espíritu Santo es la Presencia que nos la recuerda continuamente. La suave fuerza de la canción, los dulces

sonidos de nuestro despertar a la libertad, hace que el yo ilusorio del ego se

desvanezca en la nada a medida que nos identificamos cada vez más con el

sistema de pensamiento mentalidad-correcta ("la otra parte").

(IV.8:1) Contempla amorosamente a tu hermano, y recuerda que la debilidad del ego se pone de manifiesto ante vuestra vista.

Miramos al ego sin juzgar y reconocemos su debilidad inherente.

Nuestro

especialismo hizo mucho ruido en una demostración de aparente fuerza,

pero la dulzura del perdón redujo sus rugidos a los pequeños chillidos de un

ratón. Esto nos permitió desvelar la verdadera fuerza que une a nuestros

hermanos en el amor que es nuestra fuente, nuestra vida, nuestro Ser. (IV.8:2) Lo que el ego pretendía mantener separado se ha encontrado y se ha unido, y ahora contempla al ego sin temor.

Cuando miramos al ego sin temor, negamos su negación, lo que significa

que ya no queremos sus ofrendas de individualidad y especialismo que separaron al Hijo de Dios. Este proceso de deshacer no tiene sentido a menos que sepamos lo que estamos negando, para lo cual necesitamos

mirar el ego que está enterrado en una mente que desconocemos.

Entramos

con Jesús, quien tranquilamente nos explica que el mundo que percibimos

fuera es una proyección del mundo que hicimos real en nuestro interior.

Este mundo interior se originó en la elección equivocada de la mente, la

cual ahora felizmente corregimos.

(IV.8:3-7) Criatura inocente de todo pecado, sigue el camino de la certeza jubilosamente. No dejes que la demente insistencia del miedo de

que la certeza reside en la duda te detenga. Eso no tiene sentido. ¿Qué importa cuán imperiosamente se proclame? Lo que es insensato no cobra sentido porque se repita o se aclame.

El mundo intenta hacer que lo sin sentido tenga sentido, y todo aquí da testimonio repetidamente del mal que está presente: crueldad, injusticia,

rostros de inocencia. Jesús nos pide que no confiemos en estas locas "voces

de los muertos" (L-pl.106.2:3) en las que solo los niños pueden creer. Si no

hay mundo, ¿cómo puede haber víctimas o victimarios? Solo somos víctimas de las decisiones equivocadas de la mente, el verdadero victimario.

Jesús nos preguntará en el Capítulo 24: "¿Y dónde está la duda una vez que

la certeza ha llegado?" (T-24.V.9:7). Nosotros necesitamos aceptar la certeza de sus enseñanzas antes de que nuestras dudas desaparezcan. Aceptar su visión de la igualdad en lugar de nuestro juicio de las diferencias

nos conducirá a una alegría que no es de este mundo, reflejando el Cielo al que seguramente regresaremos, junto con todos los Hijos aparentemente separados de Dios.

(IV.8:8-9) El camino de la paz está libre y despejado. Síguelo felizmente, y no pongas en duda lo que no puede sino ser cierto. Este camino de la paz requiere mucha práctica y disciplina porque ponemos en duda "lo que no puede sino ser cierto". Incluso cuando creemos intelectualmente en las palabras de Jesús, las dudamos porque la radicalidad de su enseñanza anula todo pensamiento y experiencia que el mundo aprecia, comenzando con nuestra individualidad y especialismo. Mirar indefensamente el sistema de pensamiento del ego es lo que calma su voz y aquietta nuestra mente, para que podamos escuchar la Voz que nos guía a casa:

(V.3:1) Hay otra visión y otra Voz en las que reside tu libertad que tan sólo están aguardando tu decisión.

Vuelve el importantísimo tema de la elección, recordándonos que todo -

¡todo! - proviene del poder de la mente para elegir: el juicio aprisionador del ego o la visión liberadora del Espíritu Santo.

(V.3:2-4) Y si depositas tu fe en Ellas, percibirás otro ser en ti. Este otro ser considera que los milagros son algo natural. Pues son tan simples y naturales para él como respirar lo es para el cuerpo.

Cuando realmente aprendemos este curso y vemos su eficacia, la capacidad que tiene para hacernos felices, elegir la visión del Espíritu Santo se volverá

tan natural para nuestra mente como la respiración lo es para mantener el

cuerpo. Este estado no puede ocurrir, sin embargo, sin la práctica diligente

del perdón, siendo amable y paciente en su aplicación a cada persona y cada situación.

(V.3:5-12) Constituyen la respuesta obvia a las peticiones de ayuda, que es la única que él ofrece. Los milagros le parecen antinaturales al ego porque no entiende cómo es posible que mentes separadas puedan influenciarse unas a otras. Y si estuviesen separadas ciertamente no podrían hacerlo. Pero las mentes no pueden estar separadas. Este otro ser es perfectamente consciente de esto. Y así, reconoce que los milagros no afectan la mente de otro, sino la suya propia. Los milagros siempre cambian tu mente, pues no hay ninguna otra. Recuerda las palabras de Jesús en el párrafo inicial del capítulo: "No trates, por lo tanto, de cambiar el mundo, sino elige más bien cambiar de mentalidad acerca de él" (T-21.in.1:7). ¿Por qué querríamos convertir el mundo a Un Curso de Milagros, por ejemplo, si no hay nadie a quien convertir? No hay mentes separadas, sino sólo la nuestra que está unida con cualquier otra mente, a pesar del sistema de pensamiento de mentes y cuerpos separados del ego. De esto debe deducirse que los milagros no cambian a los demás, sino sólo a nosotros mismos. Por eso, cuando estamos en la mentalidad-correcta, nos damos cuenta de que nuestra única responsabilidad es cambiar nuestra mente. Y cuando lo hacemos, habiendo elegido el milagro, simplemente nos detenemos, porque la extensión del milagro a través de nosotros ahora es irrelevante para nuestro yo perdonado. Con nuestra aceptación final de la Expiación, el sistema de pensamiento de separación del ego se deshace y desde este gran instante santo, todo lo que pensamos, decimos o hacemos estará guiado por el amor. Nada del ego permanece en nuestra mente, incluida la inversión en los resultados. Enseñar Un Curso de Milagros no es diferente para nosotros de enseñar aritmética, construir una casa o reparar una tubería rota. Solo el ego nos

haría creer que algún trabajo en el mundo ilusorio es más importante o valioso que otro.

(V.4) No te das cuenta de hasta qué punto la idea de la separación ha interferido en el ejercicio de la razón. La razón mora en el otro ser que has excluido de tu conciencia. Y nada de lo que has permitido que permanezca en ella es capaz de razonar. ¿Cómo va a ser posible que aquel segmento de la mente que está desprovisto de razón pueda entender lo que es la razón, o de comprender la información que ésta le

podría suministrar? De ese segmento pueden surgir todo tipo de preguntas, pero dado que la pregunta básica sólo puede proceder de la razón, él jamás la podrá plantear. Al igual que todo lo que procede de la razón, la pregunta básica es simple y obvia, si bien, aún no se ha planteado. Mas no creas que la razón no la podría contestar.

Esto espera con interés la siguiente sección, "La última pregunta que queda

por contestar". Nuestros egos, desprovistos de razón, no nos permiten entender la simplicidad del problema, por eso Jesús usa las relaciones como

un aula en la que aprendemos que ellas reflejan nuestra mente dividida,

albergando la razón de la mentalidad-correcta, la locura de la mentalidad errada, y el poder de elegir entre ellas. Como la razón quiere cuestionar

nuestra locura (un aspecto de "la pregunta básica"), el ego se esfuerza por

mantenernos en un perpetuo estado sin mente y sin cuestionar.

(V.6:1) El plan de Dios es muy simple; nunca es indirecto ni se derrota a sí mismo.

Este es diferente al plan del ego, cuya naturaleza autodestructiva se revela

en su inicio y su punto final es la muerte. Nos hace creer que matamos a

Dios, Quien luego nos matará a cambio. Escapamos de este destino inevitable al escondernos en el cuerpo, el cual también muere. Damos vueltas y vueltas a este círculo de muerte sin tener conciencia de su circularidad porque olvidamos su fuente en la mente, la misma mente que

contiene el sencillo y seguro plan de Expiación de Dios.

(V.6:2-5) Dios no tiene otros Pensamientos excepto los que extienden Su Ser, y en esto tu voluntad tiene que estar incluida. Así pues, debe haber una parte en ti que conoce Su Voluntad y la comparte. No tiene sentido preguntar si lo que tiene que ser como es, lo es. Pero sí tiene sentido preguntar por qué no eres consciente de lo que no puede sino ser como es, pues debe haber una respuesta para ello si al plan de Dios para tu salvación no le falta nada.

Jesús vuelve a hablar del propósito. Es significativo preguntar por qué no somos conscientes de la verdad, y este curso lo explica: dado que la realidad de nuestra unidad invalida la existencia individual, buscamos validar el yo separado haciéndonos inconscientes a esta verdad. Primero la enterramos bajo capas de culpa y luego enterramos la culpa bajo los velos corporales de especialismo. Jesús nos ayuda a ver que, si el perdón ha de ser completo, debemos responder a la pregunta de por qué elegimos el ego.

Esto significa intercambiar la ausencia de la mente por la plenitud de la mente, la separación por la Expiación, el odio auto-proyectado por el amor que se extiende a Sí Mismo.

(V.6:6-7:2) Y no puede faltarle nada porque su Fuente no conoce la incompleción.

¿Y dónde podría encontrarse la respuesta sino en la Fuente? ¿Y dónde estás tú sino allí donde se encuentra esa misma respuesta?

Nuestra compleción como Cristo es nuestro verdadero Ser, descansando en nuestra Fuente y más allá de todos los pensamientos de incompleción. No es necesario que intentemos comprender lo que no se puede comprender, sino que podemos comprender la continua elección de la mente contra la verdad. Incluso cuando la mente correcta lee y cree estas palabras de

salvación, la mente errada se resiste. No quiere perder su identidad especial,

que la verdad y la razón exponen como ilusoria, recordándonos que las Ideas no abandonan su Fuente, y que somos una Idea de Dios – el Pensamiento de Su Inocencia y Amor.

(VI.6:1) Si eliges el pecado en vez de la curación, estás condenando al Hijo de Dios a aquello que jamás puede ser corregido.

Esto reintroduce el tema del pecado y el error (por ejemplo, T-19.II): el pecado es un error que no puede corregirse, mientras que la visión deshace

fácilmente las decisiones equivocadas de la mente cuando se llevan ante la

luz curativa de la verdad.

(VI.6:2-3) Le dices, con tu elección, que está condenado, separado de ti y de su Padre para siempre, y sin esperanza de jamás poder retornar a salvo. Eso es lo que le enseñas, y aprenderás de él exactamente lo que enseñas.

Hacemos que el pecado sea real en nosotros mismos y luego lo proyectamos, deseando que otros sean condenados eternamente en lugar

nuestro. Les enseñamos que el ego está vivo y en buen estado, mientras

ellos nos enseñan lo mismo. Juntos nos unimos a la danza de la culpa del

ego sobre la que se construye toda relación especial. Fortaleciendo cada una

de las elecciones de mentalidad-errada por la locura del ego, mágicamente

esperamos quedar libres del pecado al proyectarlo en otro. No funciona, sin

embargo, todo esto sólo alimenta nuestro pecado, impulsándonos a continuar con la danza de los moribundos ritmos de los estridentes sonidos

del especialismo.

(VI.6:4) Pues lo único que puedes enseñar es que él es como tú quieres que sea, y lo que eliges que él sea es lo que eliges para ti.

Si miramos dentro y vemos un ego, es su sistema de pensamiento lo que

veremos y reforzaremos en otros. Sin embargo, si compartimos la visión de

Jesús de que todos somos niños de la Expiación, esto es lo que haremos real para nuestros hermanos porque primero lo haremos real para nosotros. No hace falta decir que solo hablamos de la decisión de la mente, la única causa del comportamiento.

(VI.6:5-8) Mas no pienses que esto es temible. Que estás unido a él es un hecho, no una interpre-tación. ¿Cómo puede un hecho ser temible a menos que esté en desacuerdo con lo que tienes en más estima que la verdad? La razón te diría que este hecho es tu liberación. Las mentes están unidas. A diferencia del ego, que solo conoce lo diferente, la razón nos dice que si nos vemos a nosotros mismos como egos debemos ver a los demás de esa manera también, porque somos iguales. Por eso las percepciones de los demás son siempre auto-percepciones: percibir a un Hijo como pecador significa percibir a la Filiación entera como pecaminosa. Por lo tanto, tenemos necesidad de perdonar, porque ver a los demás como diferentes los hace culpables de nuestro pecado, lo que significa que no pueden ser nuestros salvadores del infierno. Para corregir nuestro error, el Espíritu Santo nos enseña que estamos unidos por nuestra igualdad inherente: un Cristo, una mente dividida. Aquí radica nuestra esperanza de liberación, porque solo aquí hay un hecho. El ego nos aconseja temer esta igualdad porque su sistema de pensamiento de separación se basa en creer en la realidad de las diferencias. Comenzamos con la creencia de que somos diferentes de Dios, y buscamos probarla con nuestra existencia diferenciada como cuerpos. Este es el propósito del mundo y el por qué se demuestran las diferencias incluso en el nivel subatómico. Pero la razón nos dice que este no es el caso. Nuestra igualdad

no es una interpretación, sino un hecho – en la verdad y en la ilusión.

Es la

separación la que es la interpretación.

(VI.7:1-6) Ni tu hermano ni tú podéis ser atacados por separado. Ni tampoco puede ninguno de vosotros aceptar un milagro sin que el otro no sea igualmente bendecido por él y curado del dolor. La razón, al igual que el amor, desea tranquilizarte, y no es su intensión infundirte temor. El poder de curar al Hijo de Dios se te concede a ti porque él no puede sino ser uno contigo. Tú eres responsable de cómo él se ve a sí mismo. Y la razón te dice que se te ha concedido poder transformar su mente por completo – la cual es una contigo – en sólo un instante.

Esta es otra declaración de nuestra inherente unidad. Aunque separados en

la forma, los aparentemente fragmentados Hijos de Dios permanecen unidos en el contenido de la mente dividida: locura, razón y capacidad de

elección entre ellas. Dado que el Hijo de Dios es uno, lo que se elige en una

sola mente es consumado en todas: amor o miedo, perdón u odio, curación

o enfermedad. Este hecho infunde miedo en la parte de nuestras mentes que

aprecia la separación, porque el ego necesita diferentes Hijos sobre los que

pueda proyectar su culpa. Como esto deshace el énfasis de la razón en la

igualdad, el ego usa su especialismo diferenciador para contrarrestar el instante santo unificador del Espíritu Santo.

(VI.7:7-12) Y cualquier instante sirve para llevar a cabo una completa corrección de todos sus errores y restituirle su plenitud. El instante en que elijas ser curado, en ese mismo instante se verá que se ha salvado completamente junto contigo. Se te ha dado la razón para que entiendas que esto es así. Pues la razón, que es tan benévola como la finalidad para la que se emplea, te aleja constante-mente de la locura y

te conduce hacia el objetivo de la verdad. Y ahí te desharás de la carga que supone negar la verdad. ¡Y ésa es la carga que es terrible, no la verdad!

El instante no santo del ego en el que nace la relación especial es una

locura, porque se basa en la creencia en la separación y la culpa. Es esta locura la que llevamos a Jesús y a sus instantes santos del perdón, la elección de intereses compartidos en lugar de separados, el medio por el cual despertamos de los sueños de locura del ego. Felizmente dejamos a un lado la carga de creer que la verdad era una carga y que la culpa era la salvación, acogiendo la bondadosa verdad de la razón en nuestras mentes mientras nosotros y nuestros hermanos somos sanados como uno, porque eso es lo que somos.

Todo esto parece una locura para el mundo $2+2=4$ en el que vivimos, pero la locura realmente reside en la mente que cree que cualquier cosa que no sea perfecta unidad y perfecto amor es verdad. La corrección de esta locura ocurre en la mente correcta que cree que $2+2=5$, lo que significa que el sistema de pensa-miento de culpa del ego y el mundo que surgió de él no tiene sentido y, por lo tanto, no es real.

(VI.8:1) En el hecho de que tú y tu hermano estáis unidos reside vuestra salvación: el regalo del Cielo, no el del miedo. Esta es la salvación porque va en contra de las mentiras impulsadas por el miedo del ego sobre nuestro carácter distintivo hacia todos los demás. El principio de la Expiación nos dice que no pasó nada que pueda engendrar miedo porque seguimos siendo uno dentro de nosotros mismos como Cristo, y uno con nuestro Creador y Fuente, reflejado aquí en nuestro interés compartido (perdón) y objetivo (salvación).

(VI.8:2-3) ¿Consideras acaso que el Cielo es una carga para ti? En la locura lo es.

¿Jesús y su curso parecen ser una carga? En nuestra locura, definitivamente.

Es por eso que el mundo ha necesitado arrastrarlo a sus sueños de locura, volviéndolo tan loco como nosotros mismos: un salvador que cree en el pecado y en un mundo de especialismo, castigo y expiación a través de la muerte. Esto no es diferente de los estudiantes que hacen cosas similares con Un Curso de Milagros, sintiendo que la verdad de la Unidad del Cielo es una carga demasiado terrible de soportar, retirándose a los cómodos confines de la confusión de forma y contenido que hace su hogar en la relación especial.

(VI.8:4) La razón te asegura que el Cielo es lo que quieres y lo único que quieres.

La razón disipa las ilusiones de la separación mirándolas con bondad, y diciendo: "Esto es una locura". Al escuchar su voz cuerda por fin, podemos

recuperar el acceso a la mente y elegir la visión en lugar del juicio.

(VI.8:5-9) Escucha a Aquel que te habla con raciocinio y que pone tu razón en armonía con la Suya. Resuélvete a dejar que la razón sea el medio por el que Él te indique cómo dejar atrás la demencia. No te ocultes tras la demencia para escapar de la razón. Lo que la locura encubriría, el Espíritu Santo lo pone al descubierto, para que todo el mundo lo contemple con júbilo.

No importa cuánto tratemos de ahogar la Voz del Espíritu Santo, Su Amor

permanece. Usamos nuestras relaciones especiales para escondernos detrás

de la locura y escapar de la razón, que es el propósito detrás del pensamiento y el comportamiento loco del mundo. Primero habíamos elegido el sistema de pensamiento del ego para mantener la Expiación a

distancia, y luego el especialismo del mundo para esconder nuestro ser de

mentalidad-errada que es el ego. Aun así, la razón, la expresión de la mentalidad-correcta del principio de Expiación, no se ve afectada por esta

locura y espera tranquilamente nuestro regreso a la mente para que podamos elegir de nuevo.

El error de abandonar el Cielo exige un medio de retorno: la inversión de la proyección que recorremos con Jesús, el loco curso del ego hacia la locura (T-18.I.8:3-5). Más adelante en nuestra sinfonía, Jesús habla del Espíritu Santo guiándonos “a ascender por la escalera que la separación [nos] hizo descender” (T-28.III.1:2). Nuestro viaje de regreso comienza con el mundo, donde aprendemos que la percepción de lo externo es irrelevante, siendo una proyección de la decisión de la mente: la proyección da lugar a la percepción. Lo que está mal en nuestras relaciones especiales refleja lo que aparentemente ha salido mal en nuestra relación con Dios. (VI.9) Tú eres el salvador de tu hermano. Él es el tuyo. A la razón le es muy grato hablar de esto. El Amor le infundió amor a este plan benevolente. Y lo que el Amor planea es semejante a Sí Mismo en esto: al estar unido a ti, Él desea que aprendas lo que debes ser. Y dado que tú eres uno con Él, se te tiene que haber encomendado que des lo que Él ha dado, y todavía sigue dando. Dedicar aunque sólo sea un instante a la grata aceptación de lo que se te ha encomendado darle a tu hermano, y reco-noce con él lo que se os ha dado a ambos. Dar no es más bendito que recibir, pero tampoco es menos. Como la Expiación enseña que la separación nunca ocurrió (las ideas no abandonan su Fuente), el “plan” es que aceptamos la verdad de este principio al verlo reflejado en nuestras relaciones. La razón del Espíritu Santo proporciona la visión que ve que un hermano es todos los hermanos. Y en cada mente se encuentran todas las mentes (L-pl.161.4:1-2). El perdón refleja la ley del amor unificado del Cielo al hacernos reconocer que esta mente nunca puede atacarse a sí misma excepto en sueños: la separación

que no pudo suceder no llegó a estar entre los Hijos a quienes Dios unió

como uno. Aprendemos este feliz hecho al aprender que solo nos damos a

nosotros mismos, recibiendo el amor que hemos dado a todos, de todos,

porque Dios es Todo.

(VI.10) Al Hijo de Dios se le bendice siempre cual uno solo. Y a medida que su gratitud llega hasta ti que le bendijiste, la razón te dirá que es imposible que tú estés excluido de la bendición. La gratitud que él te ofrece te recuerda las gracias que tu Padre te da por haberlo completado a Él. Y la razón te dice que sólo así puedes entender lo que tú debes ser. Tu Padre está tan cerca de ti como tu hermano. Sin embargo, ¿qué podría estar más cerca de ti que tu propio Ser?

El perdón levanta los velos de separación y ataque que nos hicieron creer

que podríamos estar separados del amor perfecto. Tampoco tenemos la

gratitud del Cielo en nuestro corazón, porque el amor y la gratitud son aspectos de la unión de Padre e Hijo (L-pl.195), reflejados en la visión de la

razón del propósito compartido y unificado de la Filiación. Y detrás de la

visión del rostro santo e inocente de Cristo está el amor que es nuestro Ser.

(VI.11:1-2) El poder que ejerces sobre el Hijo de Dios no supone una amenaza para su realidad. Por el contrario, sólo da testimonio de ella. Solo en la locura el poder de la mente para salvar o condenar es visto como

una amenaza. Este poder para afectar al Hijo de Dios es simplemente nuestra capacidad de elegir dónde ponemos nuestra fe: razón o locura, libertad o aprisionamiento.

(VI.11:3-4) Y si él ya es libre, ¿dónde podría radicar su libertad sino en él mismo? ¿Y quién podría encadenarle, sino él a sí mismo cuando se niega la libertad?

Somos los que negamos nuestra libertad encadenándonos a la culpa. Otros

no pueden aprisionarnos porque estamos a merced solo de nuestra fe fuera

de lugar, puesta en el ego y su loco sistema de pensamiento:

(VI.11:5) De Dios nadie se burla, ni tampoco puede Su Hijo ser aprisionado, salvo por su propio deseo.

Nos burlamos de Dios al creer que destruimos Su Unidad viviente y amorosa, rompiéndola en miles de millones de fragmentos. Dado que esta

locura solo puede ocurrir en los sueños salvajes de la ilusión, el amor no

puede ser destruido, por mucho que lo intentemos al creer en el mundo

irreal de las relaciones especiales. Si realmente somos honestos, sin embargo, reconoceríamos que siempre estamos buscando atacar a Dios y

arrastrándolo a atravesar el barro del especialismo: limitando el amor y haciéndolo feo, o haciendo que sea tan maravilloso que parezca ser un glorioso sustituto de Dios. La referencia a burlarse de Dios proviene de la

famosa declaración de San Pablo en Gálatas (6:7).

(VI.11:6-8) Y por su propio deseo es también como se libera. En eso radica su fuerza, no su debilidad. Él está a merced de sí mismo.

Somos los débiles despiadados cuando elegimos el ego, y expresamos la

fuerza de la verdadera misericordia cuando elegimos a Jesús y nos liberamos de nuestro propio aprisionamiento. Sabemos que todo es determinado por lo que queremos, porque nuestro deseo determina dónde

ponemos nuestra fe, en lo que creemos, y en el mundo en el que deseamos

vivir: amor u odio.

(VI.11:9-10) Y cuando elige ser misericordioso, en ese momento se libera. Mas cuando elige condenarse a sí mismo, se convierte en un prisionero, que, encadenado, espera su propio perdón para poderse liberar.

Una vez más vemos que el lugar del drama de nuestra vida es la mente.

Solo ella eligió encadenarnos, esperando no a un liberador externo o a un

salvador celestial para abrir las cerraduras, sino a que nuestro tomador de

decisiones elija la llave del perdón que liberará la bóveda aferrada a la

culpa. Sin duda, esto no puede ser hecho sin ayuda, pero Jesús no puede girar la llave sin nosotros; nuestras manos deben unirse a las suyas cuando nos damos cuenta que es el maestro que realmente queremos.

Conclusión.

Volvemos a “La canción olvidada”, donde, como hemos visto, Jesús se refiere específicamente a la experiencia de los ciegos – aquellos cuyos ojos

no pueden ver – una imagen que luego nos extiende a todos.

Espiritualmente ciegos, nuestros ojos están cerrados por los sueños de separación del ego; alucinando que vemos lo que no está allí, pero faltándonos la visión de aquellos que, en palabras de William Blake, ven

completamente, pero no con los ojos (El Evangelio Eterno).

Observaremos

en los capítulos siguientes que, de hecho, nuestros ojos no ven en absoluto.

A medida que los ciegos se adaptan a la realidad de un mundo en el que no

ven, nosotros nos adaptamos a un mundo inexistente fabricando ilusiones,

pensando mágica-mente que entendemos los contornos del mundo que

percibimos. Incluso hemos creado luz artificial – sol, fuego, electricidad –

que parece arrojar luz en un mundo oscurecido. Sin embargo, de hecho, no vemos nada.

Comenzamos al final del párrafo 5 y continuamos hasta el final de esa hermosa sección. Esta es una maravillosa meditación sobre la canción olvidada que está enterrada en cada una de nuestras mentes, aunque la

imagen cambia a los ciegos que ahora pueden ver. Vemos dos conjuntos de

símbolos: escuchar la Voz del Espíritu Santo y ver a través de la visión de

Cristo. La imagen de una canción, como su visión acompañante, es común a

muchas espiritualidades y también es un tema principal en Un Curso de Milagros. Además, El Canto de la Oración, el suplemento que Helen tomó después de que se completó el Curso, se basa en el símbolo de la canción que el Padre canta al Hijo, y el Hijo canta al Padre, reflejando Su inherente Unidad.

Cuando comenzamos a soñar con la separación, tratando desesperadamente de silenciar esta canción del amor y la Unidad del Cielo, trajimos su antigua melodía, representada en Un Curso de Milagros por el Espíritu Santo. Esta melodía se ha quedado en nuestra mente como un recuerdo, aunque busquemos olvidarla con los angustiados gritos de especialismo del ego: deleitándonos cuando nuestras necesidades percibidas son satisfechas, y sufriendo cuando no lo son. Estas reacciones emocionales tienen un propósito porque nos "protegen" de escuchar la melodía de nuestro Ser. El ego piensa correctamente que necesita protección porque una vez que nuestras mentes estén abiertas para escuchar, elegirán escuchar toda la canción y despertar del sueño. Y entonces Jesús nos invita a escuchar: (I.5:5-6:3) Presta atención, y mira a ver si te puedes acordar de lo que vamos a hablar ahora.

Escucha... tal vez puedas captar un leve atisbo de un estado inmemorial que no has olvidado del todo; tal vez sea un poco nebuloso, mas no te es totalmente desconocido; como una canción cuyo título olvidaste hace mucho tiempo, así como las circunstancias en las que la oíste. No puedes acordarte de toda la canción, sino sólo de algunas notas de la melodía, y no puedes asociarla con ninguna persona o lugar, ni con nada en particular. Pero esas pocas notas te bastan para recordar cuán bella era la canción, cuán maravilloso el paraje donde la escuchaste y cuánto amor sentiste por los que allí estaban escuchándola

contigo.

Quién de nosotros no sabe de lo que habla Jesús, ya que esta melodía, aunque sea un atisbo de ella, está en cada aspecto fragmentario del Hijo de

Dios. Aunque la canción no es recordada, el recuerdo que nos llevamos cuando nos quedamos dormidos todavía canta en nuestros corazones (mentes correctas), llamándonos a despertar de los estridentes gritos de

pecado, culpa y miedo para conocer de nuevo el amor del Creador y la creación: una Unicidad unida cual Una sola.

(I.7:1) Las notas no son nada.

En esta importante línea, Jesús está diciendo que la forma de la canción no

es nada, porque es el contenido del amor lo que es significativo. Esto se

subraya en El Canto de la Oración cuando nos dice que es la canción lo que

genuinamente queremos, no “los sobreagudos, los armónicos, los ecos...”

(S-1.1.3). Las formas que el amor parece tomar en este mundo son insignificantes – nuestras relaciones especiales – porque es la canción misma la que es el deseo de nuestro corazón. Esto por sí solo le da sentido a

nuestro viaje por este mundo que de otra manera sería un viaje inútil.

(I.7:2-5) Sin embargo, las has conservado, no por ellas mismas, sino como un dulce recordatorio de lo que te haría llorar si recordases cuán querido era para ti. Podrías acordarte, pero tienes miedo, pues crees que perderías el mundo que desde entonces has aprendido a conocer. Sin embargo, sabes que nada en este mundo es ni la sombra de aquello

que tanto amaste. Escucha y mira a ver si te acuerdas de una canción muy vieja que sabías hace mucho tiempo y que te era más preciada que

cualquier otra melodía que te hayas enseñado a ti mismo desde entonces.

Las llamadas de especialismo del ego son lo contrario, en el fondo de nosotros sabemos que nada de lo que este mundo ofrece puede acercarse a

la hermosura y belleza de esta vieja canción. Cuando realmente nos

conmueve un evento, una obra de arte, o un buen recuerdo del pasado, se nos recuerda la inocencia que una vez conocimos y el amor que llenó nuestras mentes y corazones. Cuando dejamos de lado nuestros resentimientos, la estática del ego se disuelve en lágrimas de alegría y escuchamos de nuevo la canción largamente acallada. La llamada del Cielo es una vez más la nuestra y el Hijo de Dios recuerda con alegría que es el Hijo de Dios.

(I.8) Más allá del cuerpo, del sol y de las estrellas; más allá de todo lo que ves, y, sin embargo, en cierta forma familiar para ti, hay un arco de luz dorada que al contemplarlo se extiende hasta volverse un círculo enorme y luminoso. El círculo se llena de luz ante tus ojos. Sus bordes desaparecen, y lo que había dentro deja de estar contenido. La luz se expande y envuelve todo, extendiéndose hasta el infinito y brillando eternamente sin interrupciones ni límites de ninguna clase. Dentro de ella todo está unido a una continuidad perfecta. Es imposible imaginar que pueda haber algo que no esté dentro de ella, pues no hay lugar del que esta luz esté ausente.

Los conceptos de dentro y fuera se descartan sumariamente en este inspirador pasaje. Si lo externo es nada más que una proyección de un pensamiento interno, y las ideas no abandonan su fuente, de hecho, no hay nada afuera. Sin un referente de afuera, la palabra adentro no tiene significado ya que no hay nada con que contrastarlo y darle sentido. De

manera similar, en verdad no hay círculo de luz porque no hay fronteras para diferenciar la luz de la luz. Todo lo que existe dentro del sueño es mente, ya que todo lo que existe en la realidad es la Mente, el mundo del conocimiento no-dualista donde solo se encuentran el perfecto Amor y la Unidad que somos.

(I.9) Ésta es la visión del Hijo de Dios, a quien conoces bien. He aquí lo que ve el que conoce a su Padre. He aquí el recuerdo de lo que eres: una

parte de ello que contiene todo ello dentro de sí, y que está tan inequívocamente unida a todo como todo está unido en ti. Acepta la visión que te puede mostrar esto y no el cuerpo. Te sabes esa vieja canción, y te la sabes muy bien. Nada te será jamás tan querido como este himno inmemorial de amor que el Hijo de Dios todavía le canta a su Padre.

Para volver a escuchar este hermoso himno, liberamos los pensamientos de separación y diferencias que mantienen al Hijo de Dios fragmentado y solo.

Desviamos la atención del cuerpo diferenciado que se separa de la mente, hacia donde el juicio es reemplazado por la visión unificadora de Cristo.

Los velos de la percepción desaparecen, cediendo suavemente a la visión de la luz en la que el Hijo recuerda a su Ser y escucha con gratitud la canción olvidada:

(I.10) Y ahora los ciegos pueden ver, pues esa misma canción que entonan en honor de su Creador los alaba a ellos también. La ceguera que inventaron no podrá resistir el vibrante recuerdo de esta canción. Y contemplarán la visión del Hijo de Dios, al recordar quién es aquel al que cantan. ¿Qué es el milagro, sino este recordar? ¿Y hay alguien en quien no se encuentre esta memoria? La luz en uno despierta la luz en los demás. Y cuando la ves en tu hermano, la recuerdas por todos.

Con gozo y alegría abrimos nuestros ojos, antes cegados por los “pecados secretos y odios ocultos” (T-31.VIII.9:2), y observamos el reflejo de la verdad en el único Hijo de Dios. La visión de Cristo despierta a los dormidos recuerdos del canto de gratitud y amor del Cielo, y ¿dónde está la

oscuridad cuando ha llegado la luz? El himno de amor del Espíritu Santo ha

tomado suavemente el lugar del himno de odio del ego, que fue limpiado

por el milagro, mientras que el Amor de Dios le canta a toda la creación,

anunciando el regreso del Hijo que nunca se fue, cuyo Ser regresa a los Brazos Eternos que son su hogar.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.